

PROYECTOR

REVISTA ESPAÑOLA DE CINE

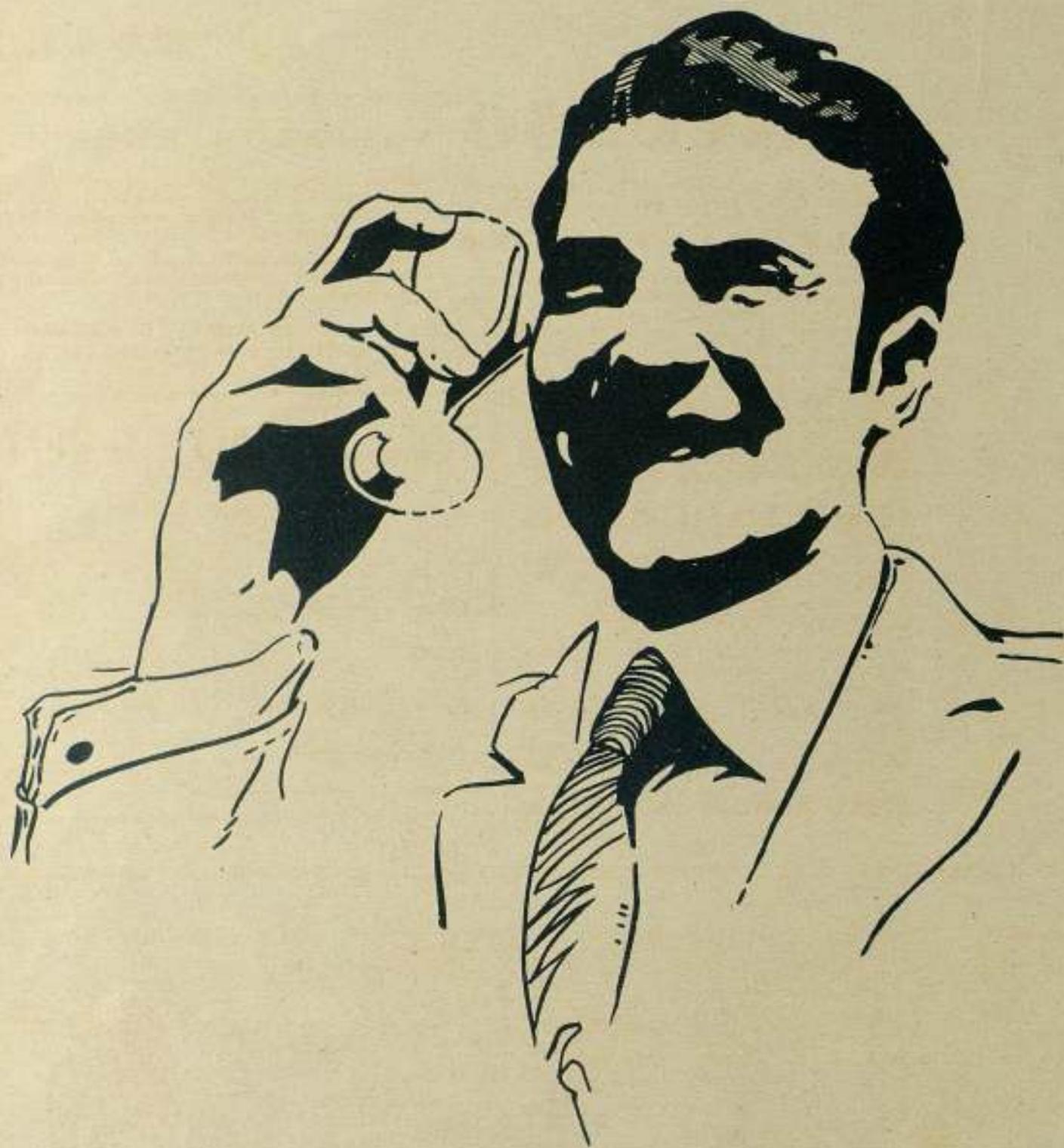


1-
PESETA

15 febrero 1936

MARLENE DIETRICH
artista de la Paramount

¡Es una delicia!



ANIS DEL MONO

DULCE
ETIQUETA ENCARNADA

SECO
ETIQUETA VERDE

¿Existe una SHIRLEY TEMPLE en España?



POR CREER QUE SÍ,

FILMS SELECTOS E

HISPANO FOX FILM

HAN ORGANIZADO UN

CONCURSO

Además, a todas las niñas clasificadas se les otorgarán

VALIOSOS PREMIOS

para la elección de la niña española más parecida a la más simpática y popular de las estrellas, la genial

Serán también sufragados los gastos de las niñas vencedoras de cada región, para asistir a la gran fiesta que para la elección definitiva de la Shirley Temple española se celebrará en Barcelona.

SHIRLEY TEMPLE

¿Tienen ustedes una hija, una hermana, una sobrina, una amiguita que se parezca a Shirley Temple? Envíen en tal caso una fotografía de ella junto con el cupón que más abajo insertamos y con los datos solicitados a la redacción de FILMS SELECTOS, Barrell, 243 a 249, Barcelona. Un jurado competente hará una previa selección de esas fotos.

Para guía de los posibles concursantes, ponemos en su conocimiento que Shirley Temple tiene cabellos rubios, ojos azules y seis años de edad.

Se procederá luego a una eliminatoria por regiones en las ciudades que próximamente se indicarán y, finalmente, se celebrará una gran fiesta infantil en Barcelona, durante el mes de abril, en la que se designará la

EL PLAZO DE ADMISIÓN DE FOTOGRAFÍAS TERMINA EL 29 DE FEBRERO DE 1936.

SHIRLEY TEMPLE ESPAÑOLA

A la niña designada como la más parecida a Shirley Temple, se le entregará una magnífica

COPA DE PLATA

valiosísima obra de arte del conocido orfebre Mercoder y se la obsequiará con

UN VIAJE A HOLLYWOOD

(acompañada de un familiar al que se abonarán también los gastos) o si lo prefiere con

5,000 pesetas en efectivo

Concurso SHIRLEY TEMPLE

Nombre del padre, madre o tutor _____

Dirección: calle _____ n.º _____

Población _____

Nombre de la niña _____

Fecha del nacimiento _____

Nota: La fotografía deberá ser de cuerpo entero y su tamaño no inferior a 9x12 cm.

Ninguna señora
deberá olvidar para su
toilette íntima

Sales timoladas **SALUS**
DE MEDIANA DE ARAGON
CAJITAS A 1'50 Y 2'50 PESETAS

La caricatura y el cine



—Señoras y caballeros: el rey del desierto os habla por la «radio». Mi tema de hoy será el siguiente: «¿Los operadores de «cine» contienen vitaminas?»

COLISEUM

EL LOCAL MÀS Suntuoso DE BARCELONA

presenta la autèntica adaptació
de la novel·la de Dostolewsky

CRIMEN Y CASTIGO

Un tema europeu, realitzat en
estudios europeos e interpretado
por artistas europeos.

Ferreries



Madeleine Ozeray, Harry Baur, primera figura de la dramaturgia mundial, y Pierre Blanchard, premiado con medalla de oro en la Exposición de Venecia por la maravillosa interpretación de RASKOLNIKOF. La prensa americana ha declarado que la versión francesa constituye un verdadero prodigio de fidelidad al texto de la inmortal novela, gracias a la visión magnífica del animador Pierre Chenal y al talento de sus protagonistas.

El público lo ha confirmado llenando semanas y semanas los salones en que se ha exhibido tan grandioso film que a las distinciones oficiales une la mejor el voto unánime de los espectadores, convertidos en sus más entusiastas propagandistas.

Coliseum, el local donde desde hace tantos años se dan las mejores espectáculos de Barcelona, proyectará esta maravillosa producción de Gallia Films, distribuida por Román Sala.

Barcelona se hallará a partir del lunes ante uno de esos films que se recuerdan siempre como una obra de arte perfectamente lograda y que dejan por su honda emoción huella imborrable en el ánimo del público.

AÑO II — NÚM. 4

PROYECTOR

15 DE FEBRERO DE 1936

EN ESTE NÚMERO:

Lo que nunca se olvida, por Hilda Moreno	página	4
Esfrellas que se apagan, por L. Alvarez Amador.	>	6
¿Empieza el desfile?, por F. Jiménez Reguera	>	13
Rosita Díaz, por Mateo Santos	>	16



Fotografía de F. Durán.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO (15 DE MARZO)

Confidencias, por Carmelita
Aubert.

España... Europa... América...
Irene Dunne, por F. Lope Mar-
tínez de Ribera.

ADMINISTRACIÓN: Diputación, 211 BARCELONA REDACCIÓN Y TALLERES: Borrell, 243-249
F. JAVIER GIBERT — Director.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España y posesiones. 12 ptas. al año
América y Portugal. 16 > > >
Demás países 25 > > >

DELEGACIONES:

MADRID: Valverde, 28; VALENCIA: Plaza Mira-
sol, 6; SEVILLA: Federico Sánchez, Bedoya, 18;
MALAGA: Marqués de Larios, 2; BILBAO: Alameda
Urquijo, 24; JAÉN: Plaza del Pósito, 36; MÉJICO:
Apartado 1505; LISBOA: Agencia Internacional,
Rua S. Nicolau, 119.

PROYECTOR
SALE EL
DÍA 15
DE CADA MES

Lo que
nunca se
olvidó
por Hilda
Moreno



Fui invitada a una cena que ofrecía el embajador del Brasil al mundo social y artístico de Londres. A ella asistieron el Príncipe de Gales y Jorge, a los cuales fui presentada. Ellos me rogaron les dedicase alguna canción española y accediendo a sus ruegos les canté unos típicos cantos mejicanos y unas canciones del sur americano. De esta insignificancia, la mente de un periodista trazó unos falsos amores, que a la postre me sirvieron de publicidad. Llegué a España donde he filmado *El canto del ruiselador*, que por falta de dirección —soy la primera en reconocerlo— resultó un aborto artístico. Luego le siguió *La traviesa molinera*, el film que yo interpreté con más cariño. El tema, basado en la obra de Alarcón *También la corregidora es guapa...* pudo acaso no ser de un éxito comercial aplastante, pero como obra de arte, no ha sido filmada otra en España que le igualara. Más tarde hice otro film en Barcelona titulado *Poderoso Caballero...* aun no estrenado en nuestros salones cinematográficos.

Pocos días antes de mi partida para los Estados Unidos, en donde mi presencia era necesaria, sucedió algo que hizo cambiar el rumbo de mi vida. Era una mañana de mayo, alegre y risueña. La primavera entonaba su cántico de vida y juventud y el aire suave acariciaba el rostro deliciosamente. En cada átomo de vida parecía vibrar un poema. Paseaba por las Ramblas pausadamente y a pesar del encanto de aquellas horas, sentía en mí como un vacío, que no acertaba a explicarme. Son sentimientos que no pueden relatarse, por su misma grandeza. Recordé toda mi vida y en el aturdimiento de la nostalgia, tropecé... con mi ex esposo. Una alegría inmensa, que no pretendí disimular, invadió mi alma como una ola. La mañana de mayo, luminosa y perfumada, parecía sonreír...

Dos días después embarqué hacia Nueva York. Cartas y más cartas me hablaban de un corazón masculino que aguardaba mi regreso.

En América, Ziegfeld desea que retorne a sus revistas. La R. K. O. me remite un telegrama proponiéndome realizar tres films en inglés con viajes de ida y vuelta pagados y tres semanas de sueldo anticipadas. Al hotel en que me hospedó llegan los bouquets floridos de los eternos admiradores... Y armijos, brillantes, orquídeas y gloria. Dejo yo por el amor de un hombre. Todas esas vanas y falsas promesas que en mi inexperta juventud me cautivaron, no lo gran hoy arrancarme de esta felicidad, que tanto ha sido puesta a prueba.

Retorno a España dando un adiós a mis recuerdos de antaño. El pasado es para mí como una nube de humo, sólo ceniza. El presente vive triunfador dentro de mi corazón, entonando un cántico, franco y sincero de amorosa tranquilidad.

HILDA MORENO

arbolaba al prodigioso sentimiento artístico de la rusa inolvidable. En los Estados Unidos fui contratada por Ziegfeld, el más grande empresario del mundo, para debutar en sus revistas, famosas en todo el orbe, por la belleza de sus mujeres, por su sentido admirable del arte y por la técnica interpretativa maravillosa. Precisamente se va ahora a realizar en Hollywood un film basado en la vida aventurera de este hombre interesante, bajo el título de *El Gran Ziegfeld*.

Durante dos años pertenezco a las revistas ya nombradas, que puede decirse fué mi consagración artística.

Cansada de tanto y continuo trabajo, fui a disfrutar de un merecido descanso en mi tierra, que no había visto hacía muchos años. En ella conocí al hombre con quien poco tiempo después contraí el matrimonio, uniéndome aquel amor grande y profundo. Como es natural, abandoné el teatro para convertirme en una respetable señora de casa. Por un tiempo todo transcurrió felizmente, mas la ambición artística, la inevitable atracción del teatro, que en mí se despertaba, aunque yo procuraba acallarla inútilmente con todas las fuerzas de mi voluntad, fueron la causa de que surgieran los disgustos, seguidos de la separación y más tarde del divorcio. El arte inmolaba a una nueva víctima. Inconscientemente, por él, abandonaba yo la íntima felicidad que pasaba randa y que acaso no volvería más. ¡Locas ilusiones de primera juventud! Hollywood atrajo hacia sí aquella mariposa incauta, deslumbrada por su brillo.

El trabajo sumió en un sueño inquieto y febril aquel amor sincero que entonces no supe ver. Mi primera película en la ciudad del cine fué una de cow-boys, donde yo interpretaba una de aquellas dulces heroínas que esperaban con la sonrisa en los labios y el ceño reflejado en las pupilas, el regreso del mocetón rubio, noble y sincero, héroe del oeste americano. Llegó en-



Un film de cow-boys con Jack Hoxie de protagonista, fué lo



actrices de Proyección
internas
Salvador de
Hilda Moreno
Barcelona 1935



A pesar de que la escritura constituye para mí una ocupación agradable, casi un deleite, yo nunca me hubiera decidido a escribir mi vida artística y sentimental, rebuscando entre los viejos recuerdos, si PROYECTOR no me hubiese rogado que lo hiciera.

El presente lleva siempre puesto un antifaz y sólo el pasado, evocado francamente en las horas íntimas, contesta con sinceridad. Los recuerdos habitan silenciosos en el fondo de las almas humanas y pocas veces brotan al exterior, haciendo retornar a nosotros los hechos vividos, que el tiempo cubrió con su velo de olvido e indiferencia. Los azares de la vida suelen arrastrarnos en diferentes derroteros, mas en medio de todas las penas y las alegrías, reviven o surgen esas cosas lejanas que nunca se olvidan... y que hoy evocaré para los lectores de PROYECTOR.

Mi niñez transcurrió sencillamente, alternada por los viajes que realizaba mi familia a los Estados Unidos y de aquí a la Habana, mi ciudad natal. Mi madre, de nacionalidad inglesa, quería que sus hijos recibieran instrucción en los colegios de Nueva York, mientras que mi padre, uno de los más afamados compositores cubanos, prefería la educación española. A causa de tantos frecuentes viajes, nuestro estudio de los dos idiomas sufría tales variaciones, que cuando estábamos en la Habana no recordábamos el inglés y viceversa. Después de muchos inconvenientes, logramos, por fin,

al llegar a la adolescencia, pronunciar perfectamente las dos lenguas. Mis progenitores podían, pues, estar conformes.

Era muy joven todavía, apenas cumplidos los quince años, cuando —acompañando a mi padre que visitaba a José Palomera, entonces el actor cómico ídolo de la Habana entera y hoy residente en Barcelona— pisé por vez primera un escenario. Allí nació en mí la ilusión inevitable de llegar a ser una gran artista. Fué una idea rápida que cruzó por mi mente sin llegar a los labios, pues sabía que mi padre nunca permitiría que su hija se mostrase a los públicos a través de la luz brillante de las casdilejas. Pocos días después embarcáramos rumbo a Norteamérica, donde, a escondidas de mi progenitor y en combinación con mi madre —que costeaba el aprendizaje con sus revelaciones caseras— empecé las primeras lecciones de baile.

Debuté en el Metropolitan Opera de Nueva York, cuando Caruso, el gran cantante italiano, interpretaba *Aida*, la famosa obra melódica del inmortal Verdi. Mi papel se reducía a tirar flores al cantante. Días después interpretaba el «baile de los negritos» de la misma ópera, siendo éste el primer número de baile que hice, desde el escenario del gran teatro neoyorkino.

Ingresé luego en la compañía de Anna Pawlowa, como bailarina clásica. Con ella he recorrido, durante cinco años, casi todas las grandes capitales del mundo, en una peregrinación artística, cuyo estandarte en-

GRACIA
Y
JUVENILIDAD



ARGUMENTO

Roderick Raskolnicov acaba de terminar brillantemente sus estudios en la Universidad de provincias. Con una sencilla ceremonia, el Rector entrega sus títulos a los estudiantes y les dirige las siguientes palabras:

—Nuestros conocimientos y nuestros ideales seguirán germinando en vosotros. Haced que vuestras fuertes manos juveniles conviertan el hierro en oro, y el dolor y las lágrimas en belleza y esperanza. De todos los estudiantes que obtuvieron su grado, vosotros, sin duda alguna, sois los más distinguidos.

Después de esta sencilla y conmovedora alocución, el Rector se dirigió especialmente a Raskolnicov con especial complacencia:

—Pocos estudiantes han salido de aquí con más talento y más derecho al triunfo que Roderick Raskolnicov. Felicito a su madre y a su hermana por que sus múltiples sacrificios no han sido vanos.

El estudiante estaba visiblemente emocionado. De pie, destacado del grupo, ante el estrado presidencial, sentíase como agobiado por el peso de las elogiosas palabras del Rector.

Aquello duró poco, y minutos después abrazaba a su madre y a su hermana y les presentaba a su amigo y compañero Dimitri. Su madre no podía contener las lágrimas y le hizo entrega solemne del reloj de oro de su padre que hasta aquel día había conservado como una joya de inapreciable valor.

De poco le sirvieron sus estudios a Raskolnicov. Pocos meses después de haberse graduado, se hallaba en San Petersburgo hacia donde fue a buscar las oportunidades para su talento que la gran ciudad podía ofrecerle.

Estaba desalentado. Todo le había ido mal. Había agotado los escasos recursos que trajo de la provincia. Estaba sin dinero y lo peor de todo: sin ropa presentable. El único traje que tenía le caía a tirones y la suela de los zapatos deshechos no le dejaba andar.

Sin embargo, había logrado publicar en una de las revistas más apreciadas de la capital un interesante artículo sobre criminología que había merecido los elogios de todos los profesionales. Se trataba de un estudio en el que pretendía justificar en determinados casos la criminalidad. Uno de los periódicos más serios de San Petersburgo llegó a decir, refiriéndose a este artículo, lo siguiente:

«Un gran criminalista.» — ADMIRABLE ENSAYO DE UN ESCRITOR ANÓNIMO

«El autor se graduó en la Universidad el año pasado. Por tratarse de un desconocido, el director de la revista omitió su nombre. El artículo ha despertado un enorme interés, no sólo por la profundidad de sus ideas, sino por la gracia y firmeza del estilo. Estamos seguros de que dentro de muy breve tiempo, su autor ocupará un lugar preeminente en la criminología moderna.»

Después de escrito este artículo, la única preocupación del celebrado criminalista era pasar desapercibido a su patrona que constantemente le acosaba para cobrarle el alquiler de su habitación.

—¿Hasta cuándo me tendrá usted esperando?— le dijo aquella tarde sorprendiéndole cuando bajaba cautamente en dirección a la calle.

El estudiante había hecho el decidido propósito de empeñar su reloj y le dijo con cierta sorna:

—¿No podría esperar media hora más?—

Accedió ella porque no tenía otro remedio y Raskolnicov se encaminó hacia la casa de una prestamista, muy conocida por los estudiantes, a quienes sacaba de apuros a intereses usurarios.

Por el camino encontró a su camarada Dimitri que desde hacía unos días se hallaba en San Petersburgo. Dimitri le habló con entusiasmo del artículo tan celebrado por el mundo intelectual y Raskolnicov no pudo contener la vanidad de confesarse autor del mismo.

—¿No podía ser sino tuyo!— exclamó Dimitri que sentía una gran admiración por su compañero.

—¿No estás satisfecho de tu éxito?—

—Al contrario, me siento un poco molesto.

Poco más hablaron. Raskolnicov informó a su amigo que dentro de unos días llegarían su madre y su hermana, lo que complicaba su situación porque se encontraba sin ropa y sin dinero y no sabía dónde alojarlas. Dimitri se ofreció generosamente a prestarle dinero, pero Raskolnicov no aceptó.

—Triunfaré sin ayuda de nadie— dijo al despedirse.

Raskolnicov marchó aprisa a casa de la prestamista. Se subió por una escalera sordida y en el rellano encontró a una muchacha joven y bella, pero pobremente vestida, que llamaba a la puerta.

Pasaron unos minutos, hasta que por fin se entreabrió una rendija y asomó el rostro de la vieja. Al reconocer a la muchacha la dejó pasar y al joven también, creyendo que la acompañaba.

—Un nuevo amigo, ¿eh? ¿Qué traes ahí? ¿A quién se lo robaste?—

La vieja hablaba con mucha volubilidad. Mientras tanto dirigía sus preguntas a la joven, examinaba una Biblia que ella le había entregado. Era un ejemplar magnífico, encuadernado con riqueza.

—¿Cuánto quieres?— dijo la vieja con desahucio.

—Es nuestra Biblia... Las lujas son de nácar, adornadas con granates... —decía la joven con timidez.— Vale cien rublos. Présteme diez, al menos.

La prestamista hizo una mueca de desagrado. Antes de decidirse a hablar refunfuñaba algo. Incluso llegó a dudar que el libro perteneciese a la familia de la muchacha. La joven lo aseguró entonces con más vehemencia, indicando que en el libro figuraba su nombre y el de sus hermanos.

—Todas las noches la leo... —añadió.

—No debieran permitirle que leyes la Biblia... —En aquella frase dicha despectivamente, Raskolnicov creyó notar por parte de la vieja cierta alusión hacia algo que desconocía el muchacho. La chica no replicó.

Por fin la prestamista le ofreció seis rublos y cuando la joven los aceptó, le entregó solamente un rublo a pretexto de que los cinco restantes servían para pagar los intereses de otras pignoraciones que le había hecho anteriormente.

Raskolnicov empujó su reloj, el magnífico reloj de oro de su padre por diez rublos. Cuando abandonó la habitación se encontró en la escalera con la muchacha.

—¿Se me cayó el rublo?— dijo ella a preguntas de Raskolnicov.— [No me iré hasta que lo encuentres!]

El joven la ayudó a buscar la moneda y mientras tanto echaba pestes contra la vieja que la había tratado tan mal.

—¿Merecería que la ahogasen!— dijo, mientras buscaba con una cerilla por los rincones.— ¿De qué le sirve el dinero? Con lo que ella tiene seríamos felices nosotros. Usted necesita el dinero, ¿verdad? ¿Deberían asesinarla!

—No hable así... — dijo la joven amablemente.

—¿Es una sanguijuela! ¿Se le haría un bien a la humanidad!

—La humanidad no se salva con crímenes— objetó ella.

De pronto Raskolnicov observó que la chica lloraba.

—¿Por qué llora?— le preguntó.

—En casa no han comido hoy... —Entonces, Raskolnicov, movido a compasión, dejó disimuladamente un rublo en un rincón y después hizo como si lo encontrara. La joven estuvo muy contenta y le refirió que ella sola sostenía a toda su familia. Su padre era un borracho y gastaba todo cuando ganaba en licor.

Al despedirse, ella le dijo:

—Hubiera olvidado que hay seres buenos en el mundo.

—Y yo había olvidado que la vida es bella... —En la calle esperaban a la muchacha dos hermanitos suyos. Raskolnicov los vio tan desarrapados, tan miserables, que llamó al mayor, a espaldas de la muchacha y le entregó todo el dinero que había recibido por el empeño del reloj.

Otra vez sin dinero, Raskolnicov reanudó su vida bohemia de siempre: dar largos paseos por la ciudad y esquivar los encuentros con la patrona. Sin embargo, su cerebro, máquina incansable, iba elaborando, lenta, pero persistentemente, una idea que a medida que iba contorneándose le parecía más monstruosa...

«¿Quién soy yo?— escribió aquella noche en la soledad de su cuarto.— ¿Un criminalista o un criminal! ¿Quién sabe! Hoy, por primera vez en mi vida, he sentido el irrefrenable deseo de cometer un crimen.»

Al día siguiente, llegaron su madre y su hermana acompañadas del novio de ésta: el señor Lushin, un caballero lleno de vanidad, altanero e imperterencia, orgulloso de su posición porque ocupaba dos empleos oficiales.

—No esperaba que su hijo viviera en un palacio, pero esto es el colmo— dijo cuando echó la primera mirada en el cuarto de Raskolnicov.

A éste no le fue nada simpático el novio de su hermana. En cambio, veía que tanto su madre como Antonia le trataban con toda consideración y pasaban incluso por alto las impertinencias que decía cada vez que abría la boca para hablar.

Su madre le explicó que Antonia había dejado el empleo de institutriz porque el dueño de la casa había tratado de propasarle con ella y que entonces, el señor Lushin, las protegió.

En este momento llegó la muchacha que Raskolnicov había encontrado en la casa de la prestamista. La joven, toda turbada, al ver tanta gente, no sabía por dónde empezar:

—Venga a darle las gracias por el dinero... No sabía su nombre ni dónde vivía; por eso no vine antes. Pero fui a la casa de préstamos y la señora me dio las señas de su casa. Quería darle las gracias y por eso me he tomado la libertad de venir... —

Raskolnicov creyó pertinente presentarle a su familia, pero como ignoraba el nombre de la muchacha, hubo de preguntárselo.

Esto exasperó al violento novio de Antonia, el cual, interponiéndose, le dijo arrogantemente a ella:

—Es una deshonra presentarle a una mujer de quien ignora hasta el nombre.

—¿Cuál de los dos empleos le da derecho a insultarla?— preguntó Raskolnicov con la misma violencia.

—Defiendo el honor de mi futura esposa— replicó Lushin.

—Al casarse con usted, lo perderá. —La ruptura fue violenta. El señor Lushin marchó indignado, arrastrando a Antonia. La madre se quedó para exponer al joven la imperiosa necesidad que tenían de conservar la amistad con Lushin porque era su único sostén. Y la pobre anciana, marchó tras ellos.

Después de esta violenta escena, Raskolnicov quedó más aplazado. Las absurdas ideas que había concebido la víspera, volvieron a reproducirse más concretas, más imperiosas. Era preciso salir de aquello y no había más que un medio: poner en práctica sus ideas sobre el derecho que le asistía a él, hombre superior, a matar a un ser inferior para poder subsistir. El necesitaba terminar sus estudios y podía ser útil a la humanidad. En cambio, la vieja, por ejemplo, ¿qué era si no un parásito infecto?

El tenía una magnífica teoría sobre el crimen. No en vano sus ideas habían llamado la atención a todas las eminencias expertas en criminología. No solamente tenía talento para construir hipótesis extraordinarias, sino que tendría bastante sangre fría para ponerlas en práctica, realizarlas...

—El criminal vulgar— pensaba— tiene remordimientos cuando ha cometido un crimen. Es que no le impulsa ningún ideal elevado. Mátan para satisfacer sus pequeñas pasiones, para complacer sus bajos instintos... En cambio, yo, tengo un ideal elevado, soy un hombre superior y mi conciencia no me recordará jamás si para llegar a un fin dado cometo una acción reprochable.

Raskolnicov dio forma a su plan. Llegaría a la casa de la prestamista a una hora desusada: a las ocho de la noche, por ejemplo, provisto de un paquete convenientemente atado para que a ella le costase deshacer los nudos. En este momento le descargaría un fuerte golpe con cualquier objeto de hierro. Después se apoderaría de las llaves que llevaba sujetas a la cintura y robaría el dinero...

No encontró más objeto a propósito que un atizador de la estufa. Era un viejo utensilio, no lo suficientemente pesado para lo que se proponía, pero era igual.

Precisamente, le había dicho que dentro de unos días le llevaría una pitillera de oro para empeñar. La vieja le reconocería y le abriría la puerta sin dificultad.

A la hora preconcebida se presentó en casa de la prestamista. En efecto: ella le abrió sin sospechar nada. Lo demás se desarrolló tal como Raskolnicov había previsto. Cuando trataba de deshacer los nudos, el joven se sacó el atizador y lo descargó con toda su alma sobre la cabeza. La vieja se desplomó sin lanzar el menor grito.

Había necesitado de todo su valor para cometer el crimen. Su turbación no le permitió ver que la puerta se había quedado abierta de par en par. Podrían haberle visto. Se adelantó a ella y pasó la cadena que permitía a la vieja entreabrir la puerta, para observar a sus visitantes, sin que desde afuera pudiese abrirse.

Después se apoderó de las llaves y fue en busca del dinero. Sabía que debajo de la cama, en unos viejos baúles, la anciana debía guardar toda su fortuna que se suponía cuantiosa. Pero con la prisa, no atinaba a encontrar el dinero. Sólo había alhajas. Deseando proceder con rapidez, se llenó los bolsillos e iba a abrir un nuevo baúl cuando oyó que llamaban a la puerta.

Quedó sobrecogido por el espanto. Desde la escalera llamaban insistientemente. Después les oyó hablar. Habían entreabierto la puerta, y como la cadena estaba echada por dentro, suponían que a la vieja le habría ocurrido algo anormal. Dijeron que iban a buscar al portero.

Raskolnicov se escabulló por la escalera. Cuando llegó al rellano del primer piso, oyó pasos. Uno de los pisos estaba en reparación. La puerta abierta de par en par, le ofrecía un escondrijo y se ocultó allí. No se dio cuenta de que le cayó un estuche: unos pendientes de oro.

Cuando los que subían habían desaparecido escalera arriba, salió y pudo ganar la calle.

Aquella misma noche, la noticia del espantoso crimen se corrió por la ciudad. Raskolnicov y a la mañana siguiente, fue bruscamente despertado: un individuo de la policía le iba a buscar para que se presentase sin falta a la comisaría.

Más muerto que vivo, se presentó y uno de los empleados le dijo que la dueña de la casa había

presentado una reclamación contra él por falta de pago.

—Mañana pagaré. ¡Sólo pagaré el alquiler!— dijo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

La terrible inquietud que le había dominado hasta aquel momento, se desbordó en una crisis nerviosa violenta. Había perdido el control de sus actos. Después de aquellos gritos, se desmayó.

Su inexplicable actitud no llamó la atención a nadie. Le atendieron convenientemente y poco después abandonaba el local. El propio inspector se interesó por él y cuando le dijeron que se trataba de un muchacho llamado Raskolnicov, se puso en claro que él lo había mandado llamar para hablarle de otra cosa y lo mandó a buscar de nuevo.

Raskolnicov entró con miedo en el cuarto del inspector, pero quiso dominarse y conservar el aplomo. El inspector le explicó que sólo le había mandado llamar para felicitarle por su magnífico artículo.

—Apenas lo leí escribí al director de la revista preguntándole el nombre del genio que lo escribió. Yo me creía un criminalista, pero comparado con usted, soy un amateur... —

En el despacho había un hombre de aspecto miserable: lo arrastraban de detener como presunto autor del asesinato y robo de la prestamista. Era albañil y trabajaba en el primer piso de la casa. Lo habían cogido cuando iba a vender los pendientes robados a la vieja. Las pruebas eran abrumadoras y bajo el peso de aquella acusación, el pobre hombre juraba y perjuraba que era inocente.

—Me gustaría que nos ayudara a descubrir este crimen— dijo el inspector a Raskolnicov.— Así vería usted los errores que comete la policía... —

A Raskolnicov le aterrizzaba la idea de tener delante a una víctima de su maldad, pero su instinto de conservación le aconsejaba permanecer indiferente, insensible.

El inspector era un hombre de muy buen humor. En presencia del detenido, empezó a teorizar con Raskolnicov sobre el delito y los delincuentes. El muchacho no entabló a fondo una discusión porque su pensamiento estaba atenazado por el temor. Por el contrario, el inspector se complacía en bromear.

—Este tipo— dijo el inspector refiriéndose al presunto criminal— pertenece al grupo de sus hombres extraordinarios. Los hombres comunes, según usted, deben obedecer las leyes... —

—...porque son inferiores... — añadió Raskolnicov.

—Pero los hombres extraordinarios tienen derecho a todo— le atajó el inspector.

—No dije eso. Afirmé que el genio está por encima de las leyes. Napoleón sacrificó miles de almas y todos le admiran.

—No creo que Napoleón haya matado a la prestamista— dijo el inspector.

El inspector continuó el interrogatorio del detenido. Mientras hablaba, cogió, con indiferencia, un atizador de la chimenea y lo puso ante los ojos del detenido. Este, instintivamente, echó el cuerpo hacia atrás.

—¿Cómo sabe con qué la mató?— preguntó Raskolnicov.

—El idiota limpió el atizador en el delantal de la vieja. Por las marcas de sangre y ceniza sabemos que fue un atizador... —

El inspector hizo que se llevasen al detenido.

—Según usted, ¿es culpable ese hombre?—

—No. Me parece inocente. El mandar a Siberia sería un crimen.

—Quizá, pero la policía quedaría bien.

—¿Y la conciencia?—

El inspector se encogió de hombros. Al despedirse, el inspector le pidió que se dejase ver por su despacho para charlar de aquellas cosas. Raskolnicov se lo prometió así.

Al salir del edificio, Raskolnicov encontró a su amigo Dimitri y le pidió prestados treinta rublos, pues su familia estaba allí y quería presentarse dignamente. Le invitó a ir con él por la noche al hotel donde su madre y Antonia se hospedaban. Dimitri, que sentía una especial predilección por la hermana de su amigo, aceptó encantado.

Resuelto a jugarle el todo por el todo, el escritor se dirigió a la redacción de la revista que le había publicado su famoso artículo. Habló con el director diciéndole que una publicación de la competencia le había hecho proposiciones para asegurarse su colaboración. El director le ofreció pagarle espléndidamente todos sus escritos y le dio mil rublos a cuenta.

Con este dinero Raskolnicov se compró ropa, pagó sus deudas con la patrona, y por la noche se encontró con Dimitri y ambos fueron al hotel.

Su madre y Antonia quedaron asombradas al verle tan elegante. Por el contrario, el «doble» funcionario, que se hallaba presente, hubiese preferido que se hubiera presentado tal como le vio la víspera, para humillarle una vez más.

Raskolnicov no perdonaba al señor Lushin todas las idioteces que le había dicho, y se dedicó a tomarle el pelo, burlándose de él despiadadamente.

—[Usted ha venido a insultarme!— dijo el funcionario.

—[Naturalmente!



MARtha EGGERTh



MARThA Eggerth, la artista representativa por excelencia de la pantalla lírica, nació en Budapest (Hungria) el 17 de abril de 1901. A los trece años dió su primer concierto en su ciudad natal, con la Orquesta Filarmónica. Debutó luego en el Teatro Real de la Opera y fué descubierta para el cine por Richard Eichberg. Su primera película fué «La muera de su novio», y su popularidad culmina con su interpretación, de tan grata memoria, en «Vuelan mis canciones».

Esta temporada la hemos visto en «Casta Diva» y dentro de poco podremos admirarla de nuevo en su última gran producción, presentada también por la marca Ufilms, cuyo título es

V I D A M I A

A juzgar por lo que los críticos extranjeros han dicho de su última interpretación, Martha Eggerth se ha superado en la misma y nuestro público podrá deleitarse dentro de poco oyendo de nuevo su deliciosa voz y admirando la gracia y distinción de tan admirada artista, considerada hoy, indiscutiblemente, como una de las primeras figuras de la pantalla.

¿Empieza el desfile?



EMPIEZA el desfile? ¿Será un caso aislado que nada indica y que no va a tener imitadores? Veremos, veremos...

El caso es que Marlene Dietrich ha terminado su contrato con la Paramount y, en vez de renovarlo, ha anunciado su decisión de venirse a Europa a vivir y a trabajar.

Esta vez —por desgracia para el Nuevo Mundo y por fortuna para el Viejo— no se trata de un truco de publicidad. La realidad de la noticia está bien comprobada. La prensa la ha publicado. Los periódicos han dicho que Marlene se viene a Europa por temor a que le rapten a su hijo. Es un buen pretexto, en estos momentos en que el más popular de los ciudadanos y de los héroes de Norteamérica ha huído de su país empujado por la misma amenaza.

Pero ¿podemos creer que sea ese temor la verdadera causa de que Marlene haya decidido dejar la Cinelandia número uno del planeta? ¿Podemos creer que un temor que durante años no ha inspirado a la famosísima actriz ninguna decisión grave le impulse de pronto a emprender la aventura de encajar su arte y su vida en un nuevo ambiente?

La verdad es que hay otros motivos. Un productor europeo le ha hecho una oferta de millones. Por otra parte, Marlene, que es mujer además de artista y que tenía su ideal de vida casera, ha encontrado en Europa la casa, el palacete, que había soñado y que en Norteamérica no hubiera podido poseer nunca por causa del precio fabuloso que estas cosas tienen en el país de los rascacielos.

Y, sobre éstas, aun hay otra razón más poderosa y definitiva. Marlene ganaba mucho en Hollywood, pero gran parte de su sueldo se lo quedaba el Estado. No se trataba de un impuesto de utilidades como el que nosotros soportamos a repañadientes en España. Era un formidable tajo que reducía enormemente sus ingresos, como esas cuantiosas comisiones que el «menager» famoso percibe de sus púgiles.

Marlene ganaba mucho, pero había de repartir sus ganancias con Norteamérica. Fue una derivación de la guerra económica que la crisis desató en el mundo hace unos años. Un día los yanquis se dijeron que del mismo modo que protegían las industrias propias, podían proteger a los artistas de casa. El cine norteamericano, dominador del mundo, era una mina donde se podía meter la uña con provecho. A costa de él se estaban enriqueciendo artistas extranjeros que, además, llenaban de obstáculos la carrera de los nacionales. La cuestión llegó a las altas instituciones del Estado y el resultado fué ese formidable gravamen que Marlene, como todos los artistas de cine no nacionales, han venido o vienen sufriendo en Norteamérica.

Fué un error. Lo sigue siendo. Los Estados Unidos creen que son sus medios, sus magníficos estudios, su ejemplar organización, los que han hecho ricos y gloriosos a muchos artistas extranjeros. No se les ocurre pensar que también puede ser a la inversa o, al menos, que todo, la gloria propia y la ajena, la grandeza de sus medios y del arte importado, es obra de un conjunto, fruto de una colaboración en la que es muy peligroso establecer diferencias y graduar méritos. Porque si vamos a establecer esos grados y nos nombran a algún gran propulsor del cine, a alguno de esos reyes de la producción que ha dado Norteamérica al mundo, nosotros nombraremos al inglés Charles Chaplin y les invitaremos a que nos presenten un artista yanqui que admita la comparación con él. Y, si prefieren que pongamos un ejemplo femenino, ahí está Greta Garbo, la sueca genial.

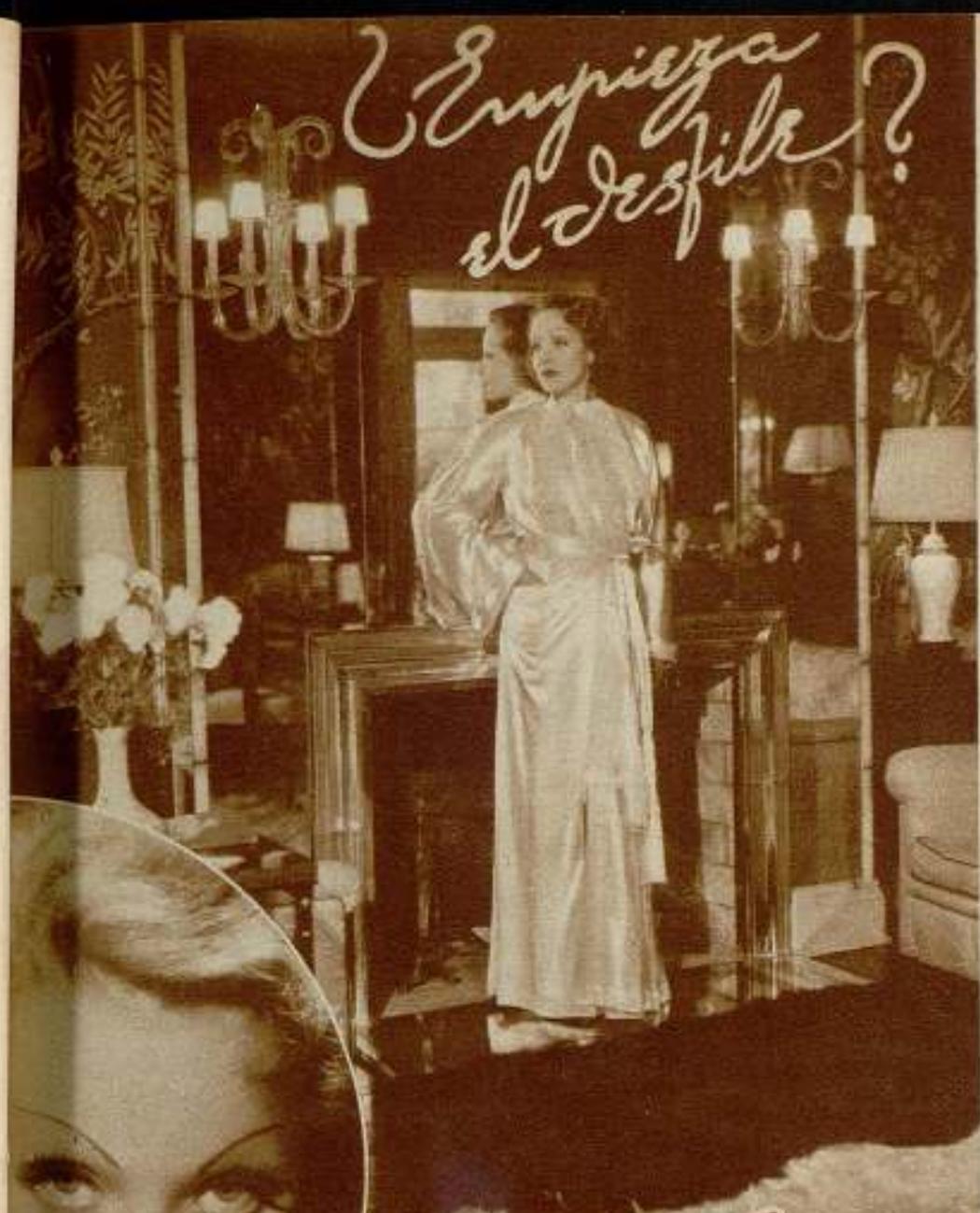
No, vale más no meterse en honduras y convenir que el cine es lo que es gracias a los méritos de todos, de lo que ha puesto Norteamérica y de lo que le ha mandado Europa.

¿Será verdad que Marlene abandona Hollywood, la Cinelandia número uno del planeta, empujada por la zozobra que levanta en su corazón de madre la amenaza del «gangsterismo»? ¿Será esta razón un simple pretexto para ocultar otras más auténticas?

Sea como fuere, la triunfal y poderosa Hollywood, la Cinelandia número uno del planeta, aprovechando su magnífica situación en la cúspide, debe dirigir una mirada en torno suyo y estudiar atentamente lo que ocurre a su alrededor. Entonces verá que también Europa quiere tener sus Cinelandias y que en Inglaterra hay grandes medios y firme empeño de compartir la supremacía hollywoodense.

Hasta ahora Hollywood se llevaba todo lo bueno que salía en Europa y nos enviaba, en cambio, algún Douglas decadente o algún Buster Keaton al borde de la catástrofe. Hoy es una gran estrella, en pleno triunfo, la que cruza el Atlántico dejando en Hollywood un vacío difícil de llenar.

Y esto que puede ser una decisión aislada, puede ser también el comienzo de un gran desfile que traslade de continente a continente la capitalidad del cine. Todo será cuestión de que ese empresario europeo que ha hecho una oferta tentadora a Marlene Dietrich, siga hablando por millones.



Anna Sten

El cine, como todo arte nuevo, admite una renovación constante y ahora ha llegado la época triunfal de las mujeres «fatales», llamas vivientes de seducción donde los hombres sucumben como en la gloria de un maleficio. Las magníficas condiciones de actriz que posee Anna Sten la han colocado entre las estrellas de primera categoría y después de su triunfo en *La dama del Boulevard* y *Noche nupcial*, con Gary Cooper, será la consagración definitiva en el mundo cinematográfico.

—Era sólo una chiquilla —nos dice la encantadora estrella— y mis pies dibujaban complicados arabescos en los salones de la academia de baile que mi padre tenía establecida en Kiev. Por desgracia, el arte personal y su innato deseo de independencia no se adaptaba al ambiente hipócrita de la sociedad, y antes de claudicar cerró la academia.

Mi padre, como digno descendiente de la indómita sangre cosaca de nuestros antepasados, todavía no había adquirido el grado de fingimiento que precisa nuestra «civilización», y su carácter aventurero le impulsaba a obrar sin meditar las consecuencias de sus actos.

El sueño de juventud de mi madre era ser actriz, pero al casarse enamorada de su esposo renunció para siempre a sus ambiciones, consagrándose sólo al hogar. Después llegó la guerra con su séquito de tragedias. Murió mi padre dejando por herencia una fabulosa cantidad de deudas y ni un solo céntimo para pagarlas.

Entonces mamá recordó sus ambiciones juveniles y se dispuso a trabajar en el teatro o en algo que tuviese relación con él. Pero ya no era una joven y el arte exige el holocausto de la ardiente juventud, no el frío razonamiento de los años.

Entretanto yo adelantaba en la escuela de arte dramático y de pantomima donde asistía regularmente. Mucha gente supone un camino de rosas la carrera de actriz, cuando en realidad es un sendero difícil y espinoso. Cuando el desaliento se apoderaba de mi espíritu, mi madre con verdadera intuición maternal sabía encontrar las palabras justas que llevaban a mi alma un anhelo de triunfo.

Pero el entusiasmo solo no conduce a la gloria. El problema económico era el monstruo de ilimitadas proporciones que poco a poco se iba apoderando de mi familia. Ya no podía vivir sólo para el teatro y gracias a una excelente recomendación logré un empleo en la redacción de un periódico de Kiev. Trabajaba durante todo el día y me pasaba la noche estudiando.

Pero el salario era exiguo y los gastos aumentaban de día en día, primero con la grave enfermedad de mi madre y después con la de mi hermanita. Y yo soñaba con trajes de seda, con joyas rutilantes, con majestuosos automóviles, todo alcanzado gracias a mis triunfos como actriz. Al fin me convencí que precisaba encontrar otro trabajo mejor retribuido y a los veinte años conseguí una plaza de camarera en un importante restaurante. Con el sueldo y las propinas logré poner un poco en

orden nuestros asuntos económicos y sin abandonar mis ambiciones, continué estudiando con mayor ahínco.

En este tiempo, un grupo de jóvenes entusiastas fundaron una sociedad donde se daban representaciones teatrales, y al ofrecerme el papel de protagonista en la obra *Hannele* tuve la mayor alegría de mi vida. Aquella actuación me proporcionó la oportunidad de ingresar en la nueva *Film Academy* como alumna de Inkjinnoff, el célebre actor y director que realizó su obra maestra en *Tempestad en Asia*.

Los progresos no se hicieron esperar, y en 1928 me trasladaba a Moscú, actuando en la compañía de Stanislavsky representando Ibsen, Wedekind y Pirandello.

Me gustaba el teatro pero no podía huir de la mágica atracción del cine y al fin cedí a los impulsos que me aseguraban un mayor porvenir.

Los inviernos rusos son terriblemente crueles y el trabajo ante el objetivo representa una tortura. Cuando logré entrar como extra en la Sovkino me pasaba muchas horas esperando órdenes y para combatir el frío me iba cargando de ropa con evidente perjuicio de mi silueta moderna. Cuando el director me llamó a escena, Anna Sten parecía haber aumentado, lo que paso furioso al director:

«¡No, por favor!... ¡Márchese, no sirve para el cine!...»

Tuve la sensación que el mundo se hundía, y en el desespero del fracaso grité:

«¡Un momento!»

Y las ropas empezaron a caer amontonadas a mis pies.

«Joven, no sea impaciente; aquí tiene un camerino para arreglarse.»

Aquel acto fué mi salvación y quedé incluida en el elenco de la compañía.

Mi primera actuación importante ante la cámara fué en el papel de la joven judía perseguida de la película *El carnet amarillo*.

Después pasé a los estudios alemanes, donde interpreté *Los hermanos Karamazov*. Tuvo tanto éxito, que en seguida se hizo la versión francesa, aprendiendo mi parte en sólo dos semanas.

El francés no me resulta muy difícil, en cambio el inglés representa para mí una labor constante y después de dos años de intenso trabajo todavía vacilo cuando se trata de una conversación muy larga. Afortunadamente he perdido por completo el acento que lo afeaba y ahora en Hollywood me atrevo con los papeles más difíciles.

Mi esposo, el doctor Eugenio Frenke, ha venido conmigo; es director y tiene una hija de su primer matrimonio, que ha dejado interna en una escuela alemana.

Poco puedo añadir ya. Al principio tenía un miedo espantoso a todo lo que me rodeaba, pero ahora, aun cuando aguardo con la natural ansiedad el estreno, creo que no será un completo fracaso.—

ROBERT K. ATWILL



ROSITA

Díaz



El cinema hablado estaba en sus comienzos. Las voces sonaban aún como si los artistas hablaran con la cabeza metida dentro de una tinaja. La simple acción de hojear un periódico, de abrir una carta, producía un ruido de hojalata o de trueno de tramoya teatral.

La innovación dejó un poco perplejos a cuantos dedican sus actividades al cinema. Este formidable avance del séptimo arte, ¿sería un bien o un mal para la industria del celuloide? El cine mudo había rebasado ya sus posibilidades con varias obras maestras de difícil superación. Los temas tomaban un cariz psicológico para el que no bastaba la mímica como en los tiempos en que todo era acción y dinamismo en la pantalla, pero con escaso contenido espiritual en los personajes que jugaban esa acción. Para que las imágenes tuvieran vida plena, auténtica emoción humana, necesitaban de la palabra. Pero la palabra significaba, a la vez, la nacionalización del cinema que había, forzosamente, de perder universalidad.

Los más asustados ante la innovación fueron los grandes productores yanquis, que controlaban el cine en el mundo entero y los artistas de categoría más alta. El verbo podía ser un perjuicio para mantener la supremacía del film americano. Cada país exigiría, como es lógico, que las imágenes cinematográficas que en lo sucesivo desfilaran por el lienzo hablaran el idioma nacional. Los artistas que sabían expresar con el gesto los estados anímicos de los personajes que interpretaban, ¿sabrían comunicar igual emoción con la palabra?

Las poderosas editoras yanquis no podían renunciar, sin lucha, al mantenimiento de sus mercados.

Había en el mercado europeo un país insignificante cinematográficamente, que les inquietaba más que ningún otro: España. España posee un idioma casi tan extendido como el inglés. Y era España, precisamente, quien podía disputarle con ventaja a la «United States of America» buena parte de su mercado cinematográfico. Sin embargo, el coloso del nuevo continente halló en seguida la fórmula de aminorar considerablemente este peligro. Y las productoras norteamericanas se pusieron a producir películas habladas en la lengua de Cervantes, adelantándose incluso a España.

La Paramount Pictures Corporation prefirió levantar en Europa unos Estudios para la producción de films en español, en lugar de realizar ésta en California, como habían hecho la Metro-Goldwyn-Mayer, la Fox, la Columbia y la «United Artists».

Ignoramos por qué causa, la editora de mister Zukor instaló sus Estudios europeos en Joinville (París), en vez de hacerlo en Madrid o en Barcelona, como parecía natural, puesto que los dedicaba, casi exclusivamente, a la producción en español. Pero ello fue así, aunque la razón no se nos alcance y a pesar de que el señor Messeri, director-gerente de la Paramount en nuestro país, aconsejara lo contrario. El tiempo se ha encargado de demostrar cuán valiosa y cuerda era su opinión, pues los Estudios de Joinville fracasaron después de haber invertido en ellos un buen puñado de millones de francos.

La gran productora distribuyó por toda España una serie de agentes dedicados a la tarea de descubrir españoles y españolas fotogénicos. Un poco a la buena de Dios, al tuntún, sin conocer realmente si el «material fotogénico» que enviaban a Joinville era o no de primera calidad.

La búsqueda se hacía principalmente por teatros y cabarets. Una noche, Carlos San Martín, el más activo y certero de estos cazadores de «estrellas», fué a un teatro de Madrid. Vió en él la representación de no importa qué comedia. Pero al finalizar el primer acto creyó haber descubierto, en la damita joven de la compañía, a una futura «estrella» del cinema hispano. Era una muchacha menuda, bonita, de voz mimosa y gesto dulcemente expresivo.

San Martín es un hombre excesivamente ceremonioso y cortés. Sobre una de sus tarjetas de visita, escribió unas líneas rogándole a la damita que lo recibiera en su camerino. La damita accedió. Y al caer el telón sobre el segundo acto, Carlos San Martín se encontraba frente a Rosita Díaz Jimeno.

A los pocos días, Rosita Díaz, en un vagón de primera del exprés, soñaba camino de París.

El ceremonioso y cortés Carlos San Martín había enviado a Joinville una «estrella», pero la alta dirección del Estudio de la Paramount no quiso reconocerlo así. Rosita Díaz Jimeno sólo hizo papeles secundarios en Joinville, mientras otras actrices españolas, elevadas a la categoría de protagonistas, fracasaban para siempre ante la cámara y el micrófono.

Los sueños de Rosita, mientras viajaba en el exprés que la conducía a la «ville Lumière» se desvanecieron como el humo por la incompreensión de los dirigentes del Estudio de Joinville, que no supieron ver en ella más que una muchacha alegre y bonita, a la que hacerle el amor en todos los tonos de la lira, entre taponazos de champaña y cigarrillos egipcios.

PERO Rosita Díaz estaba signada por el destino para aparecer en los primeros planos cinematográficos. Y fué «estrella» en España, bajo la dirección de Benito Perojo, en *Susana tiene un secreto* y *Se ha fugado un preso*; y luego, en *Sierra de Ronda*, con Florian Rey, y más tarde, en *La dolorosa*, con Grevillon.

Joinville no quiso reconocer a Rosita como una primerísima figura del cinema hispano; pero la consagraron «estrella» España y Hollywood, de donde regresó recientemente después de interpretar *Angelina* y *Rosa de Francia*, para la Fox.

¿UNA anécdota final?

Sí, el reporter, que si no es indiscreto y «metomentodo» hace poco honor a su oficio, tiene archivadas algunas en su block de notas.

De una muchacha tan gentil y atrayente como Rosita Díaz se enamora la mayoría de los hombres que la tratan.

¿Qué de particular tiene que su vida esté salpicada de anécdotas, en las que ruedan los celos, la envidia, los deseos carnales?

Cuando se filmaba *Sierra de Ronda*, se enamoró de Rosita, con pasión violenta, a la española, uno de sus compañeros de trabajo, precisamente al que ella se rinde amorosa en el film. Terminado éste, quiso el galán continuar el tierno idilio y al negarse Rosita a ofrendarle la gracia de su belleza, el hombre se sintió ofendido y traicionado, provocando una escena de celos. Y es que la diminuta «estrella» había puesto tanta verdad en la ficción, mientras duró el rodaje de la película, que su galán la creyó realmente enamorada.

Consecuencia: que en el cine no se debe extremar el realismo de las escenas de amor, cuando hay por medio un galán apasionado.

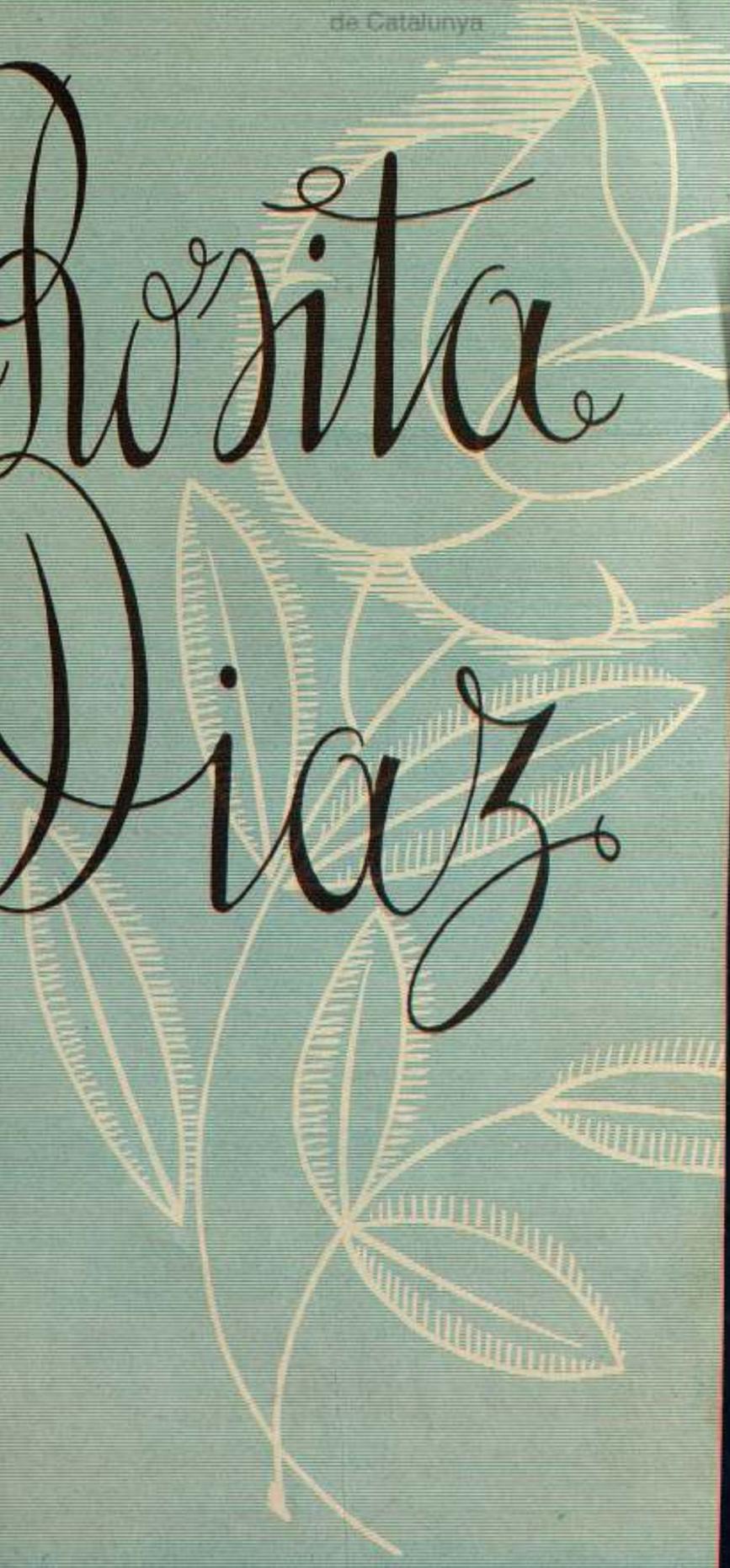
Mateo Santos





Filmoteca
de Catalunya

Rosita
Díaz





NOW



TRAJES DE NOVIA

ATAVIOS nupciales. Delicioso interrogante para las jovencitas que sueñan esperanzas en el momento en que vestirán tales galas, y fuente de dulces recuerdos para las que ya tuvieron oportunidad de lucirlas.

Es imposible sustraerse al encanto que produce la contemplación de una novia, engalanada con sus albos atavíos. Bajo el velo de tul o de encaje, lucen magníficas los cabellos de azabache o las rubias melenos; las coronas o guirnaldas encuadran deliciosamente los rostros femeninos acentuando su frescor virginal y el traje nupcial envuelve y moldea la figura, comunicándole siempre una grácil prestancia no exenta de majestuosa suntuosidad.

En el transcurso de los siglos los trajes de novia han sufrido grandes variaciones, siguiendo las características de la moda de sus tiempos. El cine se ha encargado de mostrarnos infinidad de desposadas de muy distintas épocas y países, pero todas bellísimas. Elegidas al azar, recuerdo ahora a las novias presentadas a través de las películas "Vuelan mis canciones", "Las cuatro hermanitas", "María Luisa de Austria", etc. Y apartándonos del mundo real, quiero mencionar a la novia que aparece en "El sueño de una noche de verano". ¿Puede concebirse algo más poético que el deliciosa manto que luce la reina de los hadas en sus desposorios?

Convencidos de la importancia que tiene en la vida de la mujer el traje nupcial, los creadores de la moda se han ocupado de él con especial predilección en todos los tiempos; pero en verdad no llegaron a alcanzar nunca los alardes de refinamiento y chic obtenidos por las actuales modistas, que rivalizan entre sí en la creación de verdaderas maravillas.

Los modelos que ilustran la presente página son una prueba de la realidad de tales afirmaciones. Y Fémíno 1936 tendrá ocasión para lucir magnífica bajo sus atavíos nupciales, que tras una aparente y encantadora simplicidad ocultan su corte complicado y sabio, encaminado a realzar en todo su esplendor la estilizada silueta de la mujer moderna.

Julia J. de DUTRAS



ALFA ROMEO



Foto Paramount

GAIL

PATRICK



MAC CLARK

Filmoteca
de Catalunya



Foto M.-G.-M.

RETRATOS
DE
MONTAÑA
Y
VALLE



T. Sobres
1955



Foto Universal

JEAN

ROOGER



Madge EVANS

Foto M.-G.-M.

universa



JOAN BLONDELL

VIRGINIA REID

Foto Radio



CAROLE

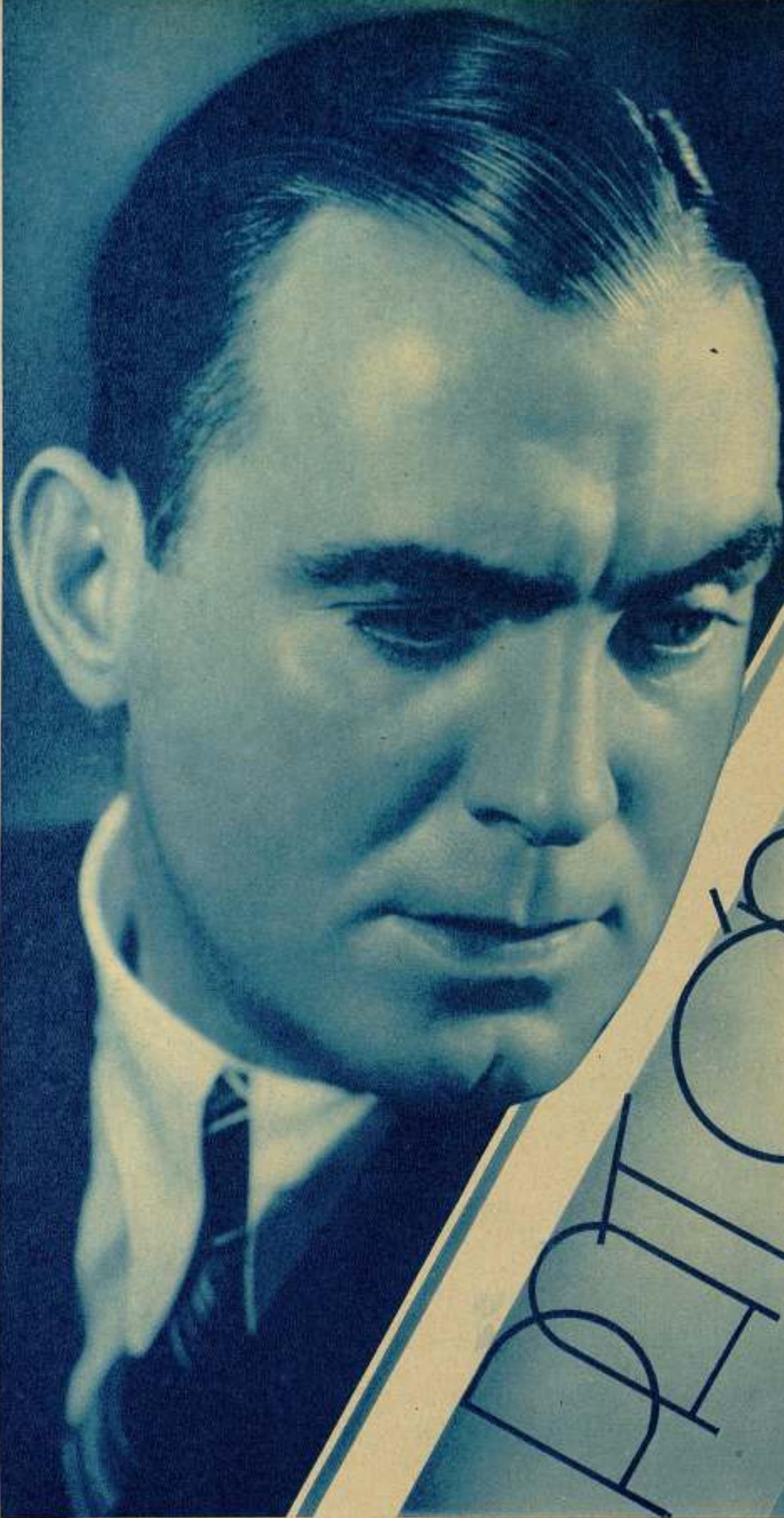
LOMBARD

Filmoteca
de Catalunya

Foto Paramount



Filmoteca
1950



THE
PHOTOGRAPH
OF
BIRD
MAN

Foto Warner Bros

Joan



Bennett

Foto 20th Century-Fox.



Marian

MARSH

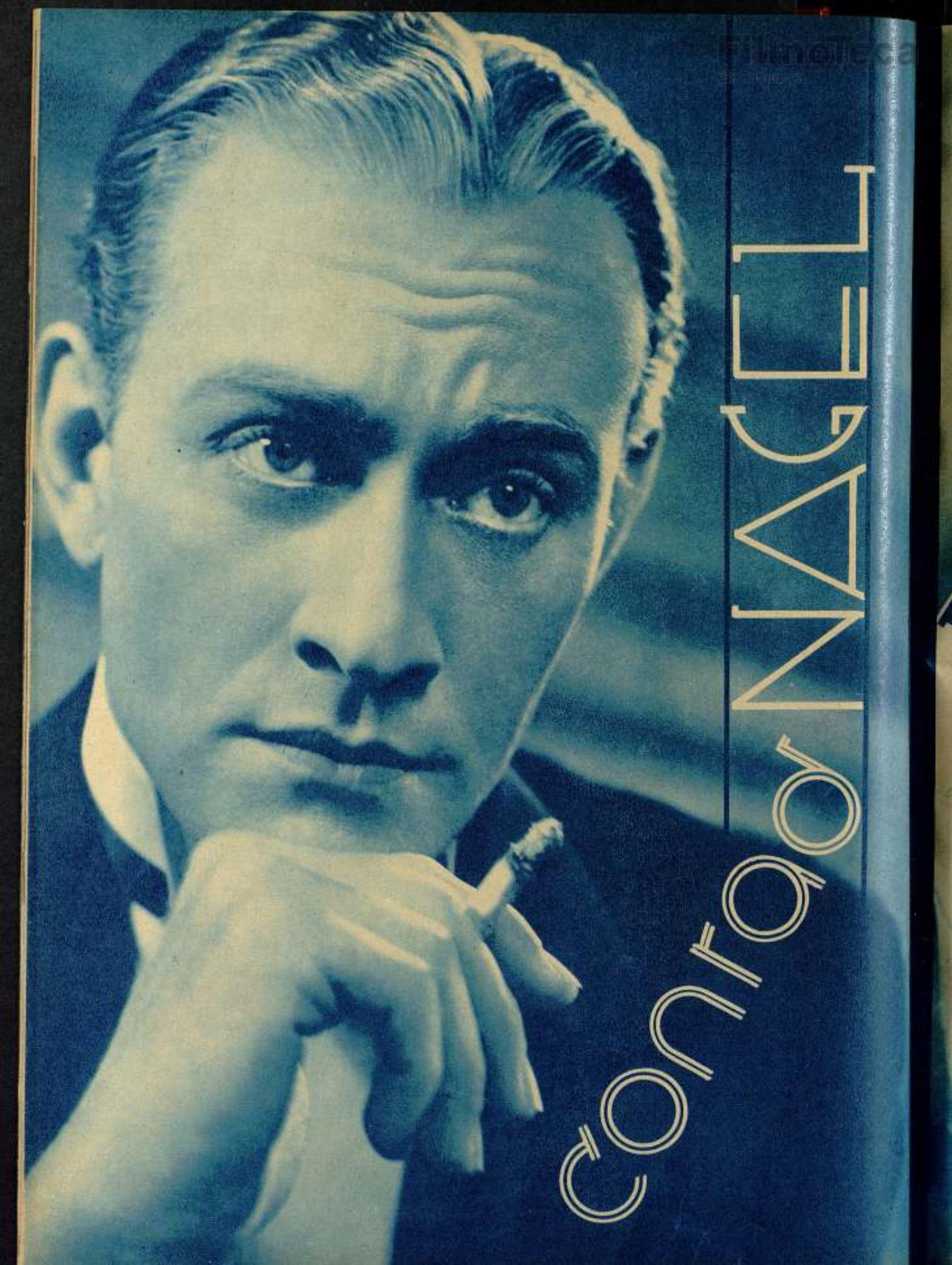


Foto Columbia

F

Foto Paramount

FRED MAC MURRAY



Wholesale

WAGGELL

CONFORD

FilmoTeca
de Catalunya

ROSALIND DRUSSETT



Foto M.G.-M.

TUTTA ROSE

Foto 20th Century-Fox.





Conchita Montenegro



BROADWAY MELODY



STARS DE M.G.M.



Filmoteca
de Catalunya



Actitudes de MAE-WEST



A primera actuación de Mae West en la pantalla levantó las más enconadas discusiones. Surgieron innumerables admiradores y al mismo tiempo sus detractores no se daban punto de reposo para hundir el nuevo ídolo que se elevaba en el firmamento cinematográfico.

Sea cual fuere la opinión personal de los críticos, todos reconocieron que Mae West es una verdadera actriz. Conoce el secreto del ritmo y la armoniosa plástica de la actitud. Es esencialmente una gran comedianta.

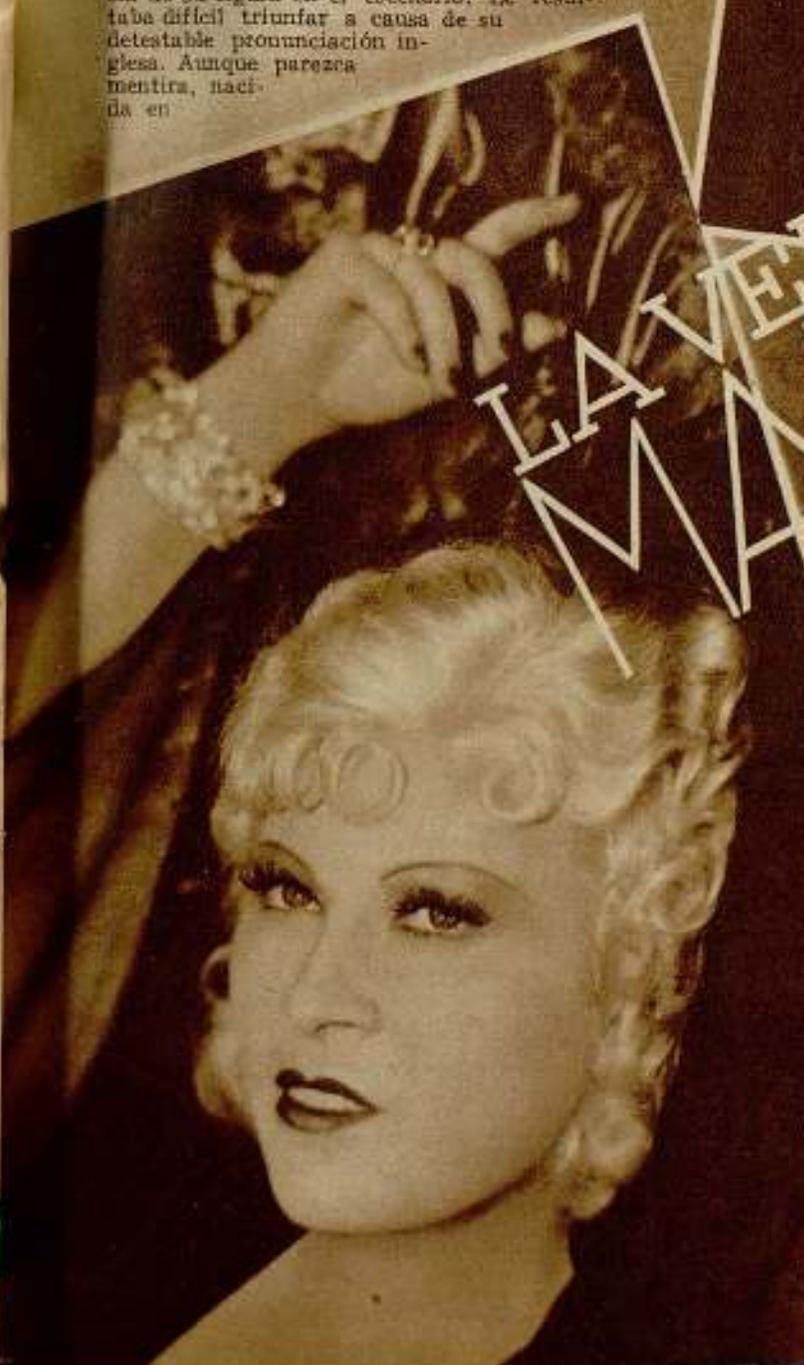
Sus interpretaciones que hasta el presente se han limitado a una sola faceta de su arte, nos pueden dar una visión real de la facilidad que tiene en adaptarse a cualquier personaje que desee interpretar. Domina la personalidad y la caracterización de una manera perfecta y su arte dúctil encuentra amplio campo ante el lente cinematográfico. De igual forma creará un personaje trágico como la sencillez y fina picardía de una comedia blanca. Porque fingir es la esencia de la verdadera comedia humana. Y para demostrarlo ha creado en torno de su persona el mito de la mujer fatal que sólo ansía joyas y sedas, seduciendo a los hombres con el poder de su atractiva femineidad. Ese es el personaje que ha entregado a la voracidad de la curiosidad pública.

Como mujer elegante ama las joyas, sedas, perfumes, todo cuanto pueda realzar su natural belleza, pero huye del bullicio de fiestas y reuniones, entregada a su trabajo de escritora y saliendo sólo para asistir a los combates de boxeo, a los que es gran aficionada.

Una larga y dolorosa experiencia de la vida ha convertido a esa mujer en un intrigante y apasionado símbolo. Nació el 17 de agosto de 1900. Su padre, de origen judío alemán, era boxeador, luchador y empresario, y su madre, natural de Irlanda, no subelaba mayor horizonte que las paredes que formaban su hogar tranquilo y apacible. Desde su infancia, Mae demostró un verdadero temperamento de artista y su padre, aprovechando una oportunidad, la ingresaba en una compañía teatral. Los comienzos, y en aquella época, eran muy duros y su inquietud espiritual la inducía a cambiar el teatro por las variedades. Era entonces una muchacha flacucha, vulgar; sólo el atractivo de su voz compensaba la insignificancia de su figura en el escenario. Le resultaba difícil triunfar a causa de su detestable pronunciación inglesa. Aunque parezca mentira, nació en



MAE WEST LA VERDADERA



los Estados Unidos, casi nunca hablaba inglés. Pronto comprendió que su carrera se truncaría por este defecto y durante varios meses, en un elogiado esfuerzo de voluntad, consiguió una dicción perfecta. Entretanto, el magnífico capullo se había convertido en lozana y espléndida flor y vela recompensados sus esfuerzos al organizar con Harry Richman, el rey de los cabarets, un número esparciendo por el mundo las melodías del shimmy. Al terminar el contrato se juntó con Texas Guinan y en menos de tres años todo Broadway hablaba de Mae West. Comprendiendo que llegaba su oportunidad, y ayudada por Richman, abrió un cabaret por su cuenta, preparando su primera pieza teatral de la cual era autora y protagonista.

Un día subió al escenario y creó el personaje principal de *Saxo*. Fue un éxito sin precedentes. Durante diez días, la gente se agolpaba y pagaba precios inverosímiles para conseguir una localidad, llegando incluso a asaltar el teatro al serle negada la entrada. Al día siguiente, la policía cerraba el local y detenía a Mae West acusada de escándalo y desórdenes públicos. En lugar de tisanjir como le aconsejaban sus abogados y amigos, eludiendo con una multa la pena, Mae pagó su deuda con la justicia y al salir de la cárcel, después de una corta campaña de publicidad que dirigió personalmente, su triunfo era definitivo.

Desde el primer momento el público creyó que en la pantalla se reflejaban con fidelidad los más característicos aspectos de su vida privada, y ella ante el éxito no duda en seguir la corriente. Es soltera, aun cuando es conocida su íntima amistad con James Timony, abogado de Nueva York. Sin embargo, las últimas noticias recibidas hablan del singular descubrimiento que un periodista de Hollywood hizo en un pueblito cercano a Nueva York. El periodista afirma tener las pruebas del matrimonio de la artista efectuado hace muchos años.

¿Se trata de un hecho real o un nuevo ardid para avivar la pública curiosidad antes de estrenar su última producción?

Todo es posible en mujer que goza de tan variadas aptitudes y que, si bien es una excelente artista y una buena cantante, puede resultar una eficaz agente publicitaria.

DON D.



ELEANOR POWELL

UNA MUJER QUE SABE SONREIR



El cinema, con su dinamismo arrollador, alma de nuestra época, nos presenta a menudo rostros y figuras nuevos, nombres desconocidos, personalidades distintas, ávidos todos de celebridad... Y es que la cinematografía, ese séptimo arte tan tratado y tan llevado, necesita también un cierto y continuo aire de renovación. Renovación de ritmo enervante, que riga todos los aspectos y círculos sociales de nuestra época. A fuerza de buscar esa novedad que todo lo pisotea y todo lo desgorra, caen algunos en el ridículo... No así el cinema, que perfeccionándose cada día más con nueva técnica, nuevos alardes directivos y nuevos elementos artísticos, llega incluso a crear «estrellas» que encajan perfectamente dentro de esa ansiada «novedad».

Ayer fué Greta Garbo quien encarnó esa palabra de tan complejo significado, más tarde Jean Harlow, después Katherine Hepburn... Y de ese plantel de figuras que cada temporada se sirve a la avidéz del público, que ha de constituir su juez supremo, destacamos ahora un nombre eufónico y armonioso: ELEANOR POWELL.

Agil, grácil y elegante. Figura estilizada de mujer de hoy. Rostro vivaz y alegre. Boca grande, jugosa y fresca, abierta siempre por franca sonrisa... Y unos ojos... Los ojos de Eleanor Powell merecerían capítulo aparte... Joviales, reidores, grandes, muy grandes... Sonríen siempre con indecible gracia, diríase que brilla dentro de ellos una lucecita de picardía. No son sus ojos ni serenos ni azules como los que cantara el poeta, sino de color cambiante e imposible de precisar y sobre todo radiantes de optimismo y juventud.

El rostro de ELEANOR POWELL, que en diversos aspectos asoma a estas columnas, inspira simpatía a primera vista. A hombres y a mujeres, a viejos y a jóvenes. Su simpatía arrolladora conquista a todos sin excepción. Y no obstante, esa fuerza de atracción de su personalidad se siente considerablemente más al verla bailar. Se sienten nostalgias de otra época y de otros días cuando se contemplo a Eleanor Powell tejer con sus pies alados uno de sus bailes maravillosos... A los mágicos

(Termino en la página 70)

LA REINA DEL RITMO

En Springfield, al son de una orquesta primitiva e infantil, una chiquilla fea, pecosa y de nariz respingona bailaba con verdadero entusiasmo. Sus piernas largas y delgadas se movían con sorprendente agilidad, mientras sus pies trazaban maravillosos dibujos geométricos al compás de la música.

Casi diariamente al salir de la escuela pública la pequeña Eleanor practicaba una sesión de baile ante la admiración y regocijo de todos sus compañeros que contribuyen con canciones e instrumentos a fomentar su afición. Pero la chiquilla no necesita estímulos y la menor emoción se traduce en una danza rítmica y desconocida.

A la edad de 16 años, con la natural sorpresa del público, Eleanor Powell gana un concurso de baile, venciendo incluso a muchachas profesionales y todas de refulgente belleza. Aquel concurso decidió su carrera y al verano siguiente logra su primer contrato debutando en la pista de Atlantic City. Su incipiente fama no envaneció ni azaró a la juvenil artista; además, el trabajo era agradable y muy sencillo. Sólo se trataba de bailar al compás de una música arrebatadora y bajo su influjo Eleanor, olvidando cuanto la rodeaba, se entregaba al placer de la danza. Parecía incansable, como si una fuerza misteriosa mantuviera siempre latente la llama de su fecunda inspiración.

Al terminar sus estudios elementales, la familia decidió trasladarse a Nueva York, donde Eleanor encontraría mejores maestros y mayores oportunidades de triunfar. La espera no fué larga y al poco tiempo Broadway, en el Casino de Páree, admiraba a una joven estrella fea pero graciosa y dotada de tan extraordinaria personalidad, que conseguía imprimirle en su largo repertorio de bailes, verdaderamente modelicos en su género. En el transcurso de los años, Eleanor, que no era elegante ni hermosa, pero irradiaba simpatía, magnificando al

(Termino en la página 76)



Vestales ideales de un país de ensueño en el que se rinde perpetuo culto a la diosa eterna de la Belleza.



Vestales



JEANETTE
MAG
DONALD

**El escándalo que la hizo llorar
y enrojecer de vergüenza**

La inolvidable reina Luisa de «El desfile del amor», que, contrariamente a lo que suponen algunos de sus biógrafos, nació en Escocia, el 18 de junio de 1905, experimentó el momento más amargo de su vida cuando estuvo de «tourné» por Europa y los periódicos dieron la noticia de que había muerto a manos de la princesa Mafalda de Italia porque su marido, el príncipe de Piemonte, trató de fugarse con la estrella. Y ya estando en América, se vio obligada a abandonar su trabajo en los estudios para trasladarse a París y obtener la supresión de una falsa biografía que se había publicado, con abundancia de detalles sobre esos ruidos falsos que nacieron en una capital de la Europa central, extendiéndose luego con celeridad por el resto del mundo.

Si alguna vez se acuerda de este hecho que le hizo verter lágrimas hasta enrojecer su cara de vergüenza, es sólo para reprochar a los que la calumniaron:

—Todavía no he podido saber quiénes fueron los autores de aquel escándalo. La reclame de una artista, por reclame que sea, se debe siempre basar en propósitos honrados y no desvergonzados, como la que creo se trató de hacerme a mí para, en vez de elevarme, hundirme en la desesperación.—

FUGA DE UN



EMEROSA de verse envuelta en un proceso criminal, Curly Flagg ha huido apresuradamente del Hilarity Club, de Filadelfia, sin tomarse siquiera el tiempo que habría necesitado para cambiar el traje con el cual se presentaba en un número de canto y baile. En realidad, Curly no ha cometido delito alguno: tuvo la mala suerte de hallarse presente cuando asesinaron a un hombre, y eso fué todo. Pero, según ella imagina, la policía no la dejará a sol ni a sombra; hasta podría suceder que la tuviera presa mientras no se aclarara lo ocurrido. Por esto piensa ella en Nueva York como en el refugio más indicado para quedar a salvo de todas las pesquisas de las autoridades: perdida entre los millones de habitantes de la enorme ciudad, ¿quién ha de encontrarla? Sucede, sin embargo, que al ir a comprar el billete se dá cuenta de que no alcanza a llevar ni un dólar en el portamonedas.

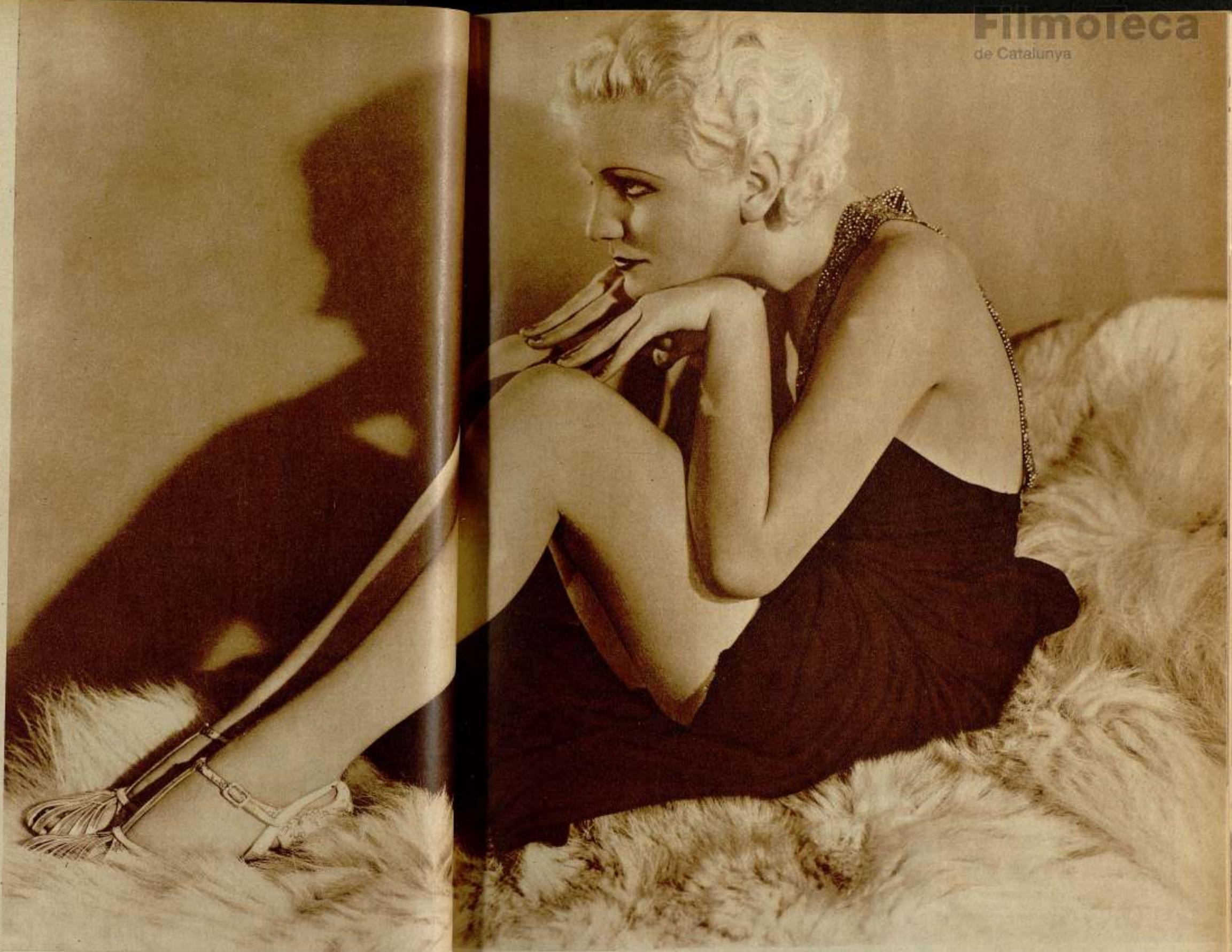
—¿Hasta dónde se puede ir por setenta y cinco centavos?— pregunta.
—Hasta Princeton— le contestan.
Y hacia Princeton, famosa por su Universidad, viaja a los pocos minutos la fugitiva.
Una vez allí, sin conocer a nadie, sin dinero y acosada por el hambre, empieza a vagar por las calles. La noche y la soledad de la hora contribuyen a hacerle sentir más vivamente el desamparo en que se halla. Por una ventana, cuya claridad la ha atraído al cortar con luz luminosa las sombras de la calle, ve la habitación donde, sentado ante el piano, hay un joven que reparte la atención entre

la música que al parecer está componiendo y el pastel que tiene al alcance de la mano. ¡Qué rico parece éste! Tan rico y tan apetitoso, que Curly, incapaz de dominar el impulso que la lleva a ello, se encuentra a los pocos minutos llamando a la puerta del departamento en que habita Paul Lawton, estudiante de la Universidad de Princeton.
Aplicada el hambre, Curly le explica a Paul el motivo que la ha obligado a huir de Filadelfia. ¿Será posible que él, un hombre, un caballero, se niegue a amparar a una mujer que se encuentra en tan difíciles circunstancias? La contestación del estudiante es la que se supone: ¡de ninguna manera! Pero (y es un pero como una casa), el negocio es más grave de lo que Curly supone: darle asilo en la residencia que ocupa Paul dentro del recinto de la Universidad, será exponerse a quedar expulsado. Por otra parte, tampoco quiere él, mejor dicho, no puede en modo alguno rechazar a la que con tanto ahínco solicita su protección... ¿Qué hacer?
Por lo pronto, recomendando a su inesperada huésped que permanezca allí sin hacer nada que pueda denotar su presencia, Paul Lawton sale para ir en busca de Buzz Jones, otro estudiante que ocupa las habitaciones que quedan encima de las suyas. Buzz es íntimo amigo de Paul, de modo que, no solamente podrá ayudarle a discurrir el plan que más convenga, sino que le ayudará a ponerlo en práctica.
Examinado el caso, los dos amigos acuerdan lo siguiente: disfrazar de hombre a Curly, la cual permanecerá oculta en las habitaciones

de Buzz durante todo el tiempo que éste se halle en Nueva York, para donde saldrá en el primer tren, con la mira de conseguir que J. Thorval Jones, su padre, contrate a Curly para la compañía de películas de la que es presidente. Paul, por su parte, escribirá sendas cortas, a su tío Charles Lawton y a su prometida Frances Reuthnot, pidiéndoles que le ayuden a conseguir empleo para una artista de cabaret que se ve perseguida por la fatalidad.
La llegada de Buzz al despacho de su padre ocurre en momentos en que el presidente de la Super-sound Pictures se lamenta con Gus McNeal, su director de publicidad, de la mala calidad de las películas que han hecho últimamente.
—No hay duda—dice J. Thorval Jones— o dan con una de esas producciones que entusiasman al público, o quedarán arruinados.—
En enterándose McNeal de lo que ha llevado allí a Jones, hijo, dice a Jones, padre:
—¡Nos hemos salvado!—
Y le explica en seguida el plan: armar un escándalo de prensa en torno a la presencia de Curly en la Universidad de Princeton, y lanzar después una superproducción de la Super-sound, en la cual presentarán a Curly como superestrella.
A todo esto, Paul recibe un telegrama de su tío, quien, a más de reprocharle que se interese por una artista de cabaret, le advierte que ha telegrafiado al rector para imponerle de lo que ocurre. Paul, alarmadísimo, va a casa del rector, en ausencia del cual lo recibe

su hija Midge que, prendada como queda del visitante, le promete interceptar el telegrama.
Frances, alarmada por la carta de Paul, se presenta en Princeton resuelta a no consentir que Curly, en quien supone una rival, le quite el novio. A todo esto llega también a la Universidad un sujeto al cual le han encargado los autores del crimen del Hilarity Club que secuestre a Curly.
Paul, que acaba de sostener reñida lucha con el secuestrador, no reconoce al rector cuando éste acude al teatro de los sucesos, y le avesta un puñetazo que lo derriba por tierra, privado de conocimiento. Minutos después se presenta McNeal acompañado de varios reporteros gráficos que hacen vistas en una de las cuales aparece el rector, que apenas empieza a volver en sí, abrazando a Curly.
El escándalo de prensa consiguiendo a todos estos sucesos da por resultado que se decida expulsar a Paul y a Buzz de la Universidad de Princeton. El rector, los catedráticos, hasta la misma Midge, están en contra de ambos estudiantes, por los cuales abogan, en cambio, sus compañeros y la mayoría de los periódicos.
El día en que debe efectuarse la expulsión, y hallándose ya todo dispuesto para ella, el rector llama aparte a los dos estudiantes, a los cuales manifiesta que han resuelto perdonarlos. En seguida, dirigiéndose a Paul, le dice que hay cierta persona deseosa de hablarle. Paul corre al sitio indicado, donde encuentra a Midge dispuesta a la reconciliación.

BARBARA



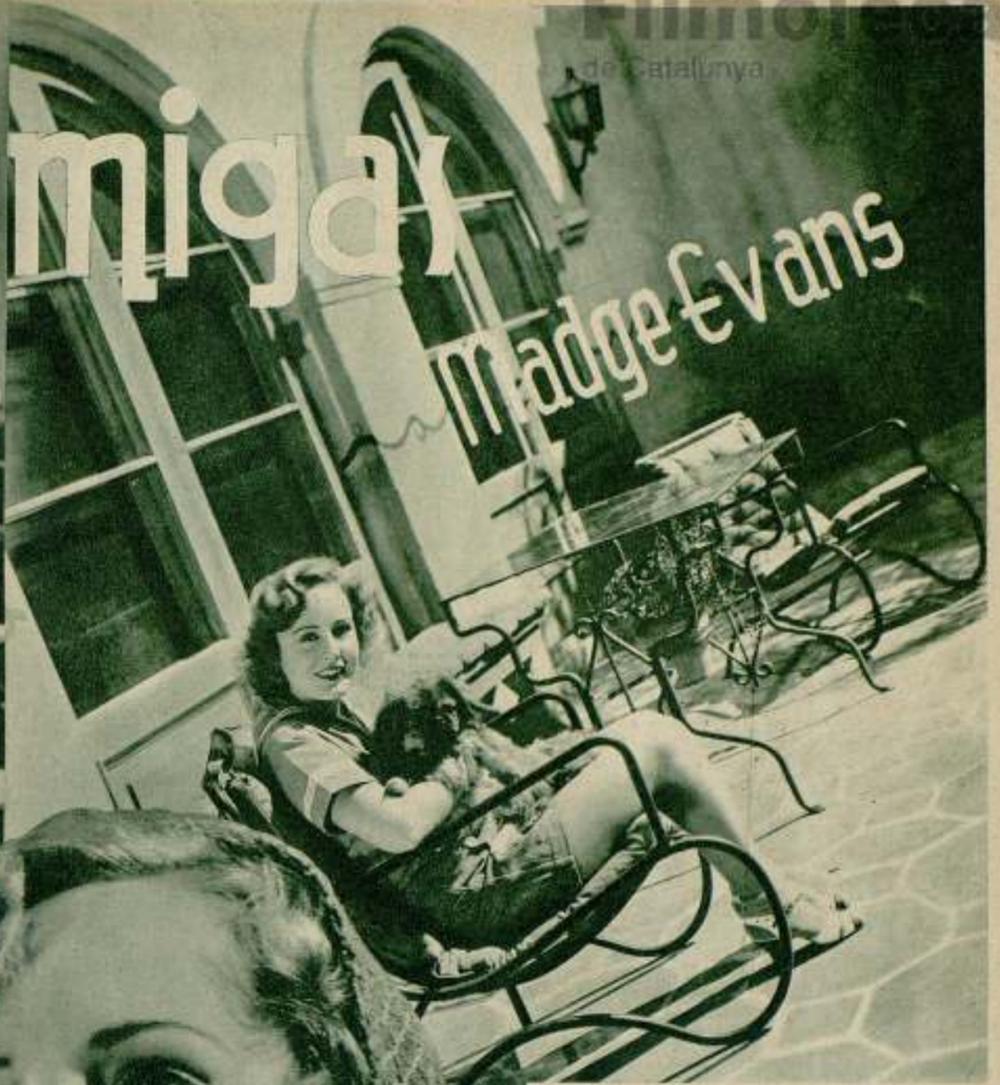
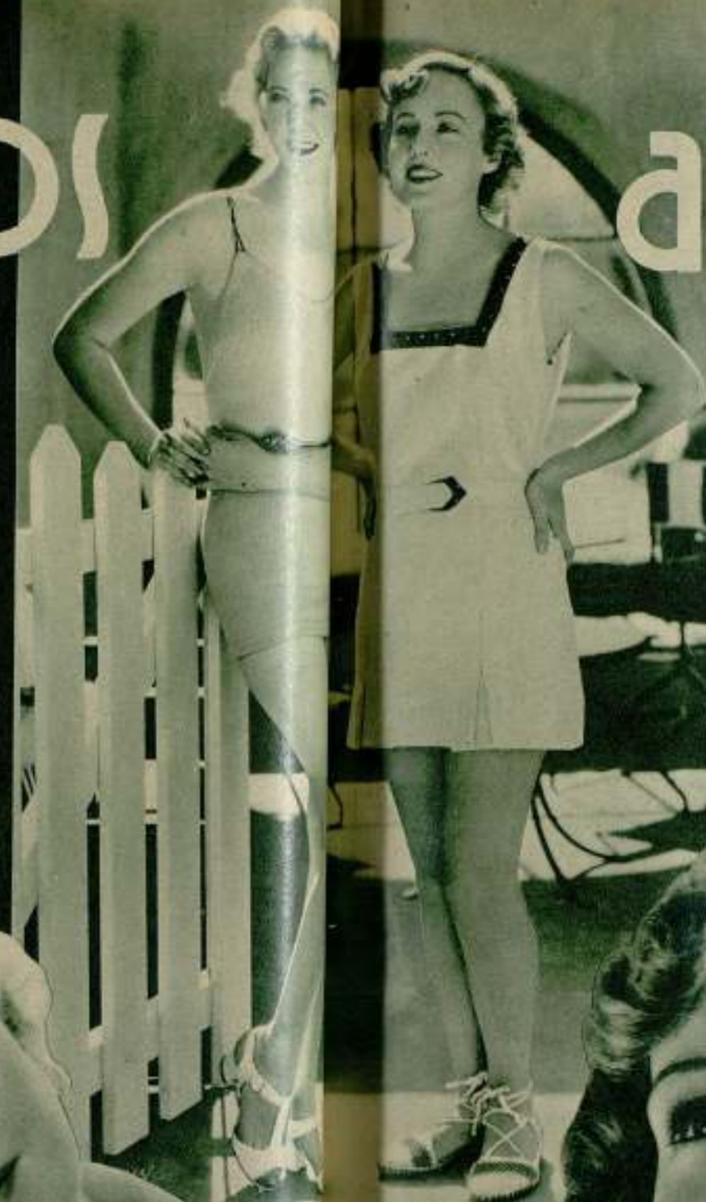
Filmoteca
de Catalunya

Foto Warner Bros

Una Merkel

Dos amigas

Madge Evans



ENTRE las innumerables rarezas que puede ofrecernos Hollywood, no existe otra tan simpática como la fuerte amistad que une a las dos encantadoras artistas.

La palabra amistad en la tierra del cine tiene una aplicación muy diferente de lo que en realidad debe ser ese sentimiento que une con fuertes lazos dos almas. La envidia es el mal que destruye de raíz amistades que datan de la juventud, quizás de la tierna infancia, porque son pocos los que aceptan resignados el encumbramiento del amigo, sin sentir el fuerte aguijón de la envidia que va robándoles la calma y el sosiego hasta llegar a la ruptura.

Bajo su nombre se han iniciado potentes campañas de publicidad, pues es un sentimiento que cuenta con universales simpatías, y los agentes saben que tienen asegurado el éxito de sus campañas.

Que dos jóvenes, bellas y encantadoras muchachas, que han trabajado en varias películas, con igual éxito, continúen sus lazos de amistad, es cosa que asombra, y bajo las sonrisas que provoca, ellas se sienten capaces de desafiar al incrédulo que niega la dulzura de este sentimiento.

—Tengo excelentes razones —dice Una— para querer a Madge, su amistad es mi tesoro más apreciado. Soy una muchacha que trabaja en el cine, y que espera llegar a ser una excelente actriz, pero no tengo pretensiones. Y Madge vale más que yo, aun cuando su modestia la obliga a negarlo. Jamás he tropezado en mi vida con una persona tan deliciosamente razonable como ella.

Madge siempre está contenta, y su alegría es contagiosa, lo que se refleja en mi propia alegría. Todos conocéis a Madge, sin embar-



go, quedaríais asombrados si conocierais su verdadera personalidad como yo.

Cus veintidós años, y guardadme el secreto, se han visto turbados por varios acontecimientos importantes, sin que su valor jamás la abandonase, sin que vacilase delante ningún obstáculo. Su figura fina, sensible y delicada guarda tesoros de energía; cuando se propone una cosa llega hasta el fin, y gracias a su tenaz perseverancia es ahora una de las artistas más solicitadas en los estudios.

Nadie puede envanecerse de haberle sentido exhalar una queja, una protesta, todos los papeles los acepta con igual alegría, porque su alma de artista es dócil y por tal se adapta a todas las interpretaciones. Quizás no existe otra estrella que haya interpretado papeles tan diferentes, y examinados detenidamente, en ninguno de ellos se encuentra la menor falla, todos resultan perfectos.

He trabajado con ella en diversas producciones, y puedo asegurar que el entusiasmo que pone en su trabajo es tan contagioso que las escenas con su presencia toman inusitado relieve.

Quizás piensen algunos que me ciega el cariño, pero no es verdad. Buscad cualquier persona que sea sincera y preguntadle su opinión respecto a mi amiga y si no confirma mis propias palabras, presentádmela, que yo sabré obligarla a rectificar su error. Tengo unas rosadas uñas afiladitas, capaces de convencer al más reacio.

Si fuese una oradora, o literata, haría la apología de la amistad, pero como carezco de tales condiciones, debo conformarme con asegurar que no existe en el mundo senti-

(Continúa en la página 14)

EN POS DE

LA BELLEZA

Se ha dicho muchas veces que el cine es el innovador de este maquillaje modernista, exagerado, que da a las bocas una apariencia sensual y a los ojos, orientados por la configuración de las cejas depiladas, una expresión misteriosa y exótica. En la actualidad acaso sea verdad que el cine es el espejo en donde se miran todas las muchachas modernas, copiando el maquillaje de las "estrellas" más famosas por su belleza o por su personalidad. Hoy, sí; mas ¿antes no se maquillaban las mujeres?...

Ya en el Egipto legendario y misterioso la fémnia cultivaba el maquillaje, coloreándose las mejillas, los labios y las uñas. Se teñía el pelo de los más variados colores: amarillo, azul y hasta rojo. La egipcia retocaba su rostro con el mismo cuidado que la griega perfeccionaba su línea. Línea esbelta, cuerpos sanos y fuertes. Curvas apenas pronunciadas bajo los pliegues de las túnicas amplias y suaves.

Cuando el Renacimiento, la mujer caminaba también en pos de la belleza, en busca de la perfección, tal como ésta se consideraba en aquellos tiempos. Cejas depiladas, Jugos de limón. Vinagre para obtener la palidez que la estética impuso a las mujeres. Esas damas que a través de los cuadros de los grandes artistas Italianos sonríen bondadosamente, tenían, igual que las fémnias contemporáneas, la obsesión de la belleza. Una belleza exuberante y amplia, que era el tipo-modelo de la época.

Durante el siglo XVIII, el siglo injusto y vano, cruel y superficial, la mujer empolvaba su belleza y agregaba un lunar postizo a sus mejillas horriblemente coloreadas. Mujeres de cintura estrecha, boca diminuta, livianas y coquetas, pero con una coquetería falsa, encaminada a desaparecer, en el exceso de su misma superficialidad. Podría seguirse el curso de las épocas y en todas se encontraría el mismo afán de embellecimiento. Es el eterno femenino, la inevitable obsesión de parecer mejor, de perfilarse, de realzar los propios encantos.

Belleza depurada por el siglo, es hoy una mujer de tipo alto, frente ancha, ojos inquietos y expresivos, ya sean azules, negros o pardos. Boca grande. Labios carnosos, hechos sensualidad y tentación por el trazo abarcante del "rouge". La lente parlante ha exhibido este tipo de belleza moderna, encarnado en una Helen Cahagan, morena, o una Marlene Dietrich, rubia. A veces esta belleza del lienzo se reduce a



Francis Dee
de la Radio

un rasgo, un gesto colocado en un primer plano. Un aleteo de pestañas, una contracción de los labios, una pose efectista, etc., forma un tipo-molde original de la bella de hoy, que es lo mismo: belleza cinematográfica, belleza en personalidad.

Estos conceptos que en la actualidad imitaran acaso sean unos de los mejores que han existido, aunque se diga lo contrario. Originalidad, personalidad en la fémnia, ha de ser siempre algo interesante y único, aun cuando no tengan detalles perfectos. En un rasgo feo, personal o individual, puede existir la belleza actual.

La belleza del lienzo gris, suele ser falsa e irreal. Trucos de maquillaje, cremas postizas que disimulan las imperfecciones físicas o ahuyen las huellas que el paso del tiempo ha dejado. Cejas ficticias, solamente líneas de lápiz-carbón que alargan hasta las sienes la configuración exótica. Bocas agrandadas herbíblemente. Pestañas arqueadas, ennegrecidas. El maquillaje del cine en gris, ha llegado a la perfección, en la misma práctica de pintar los rostros femeninos cual si fueran máscaras decorativas. Prodigios de la estética y secretos de la química facial convirtieron en brujería —a través del brillo del celuloide— a "estrellas" insignificantes, que vistas frente al sol y al aire, en la realidad, se esfuman en la nada del bello físico. Focos luminosos, en combinación con los trucos del maquillaje, han hecho brillar en suavidades de juventud, artistas que ya habían traspasado los umbrales del otoño de la vida. Maquillaje en gris, es decir, belleza falsa.

La incursión del color en el cine muestra toda esa belleza de ficción que comenzamos pálida, grisosa, enclavada entre el blanco y el negro. En el futuro ella será clara, real, perfectamente visual. El color dará a las mujeres una apariencia realista. El maquillaje, escaso y suave, se reducirá a un leve realzamiento de los propios rasgos, sean éstos perfectos o defectuosos. Maquillaje menos complicado y más humano. El color dará realismo a la mirada (esta brillará azul, verde o negra, como en la vida real). Se cambia el aspecto estético de la mujer, mas como siempre ésta irá en busca del embellecimiento, en pos de esa belleza tan anhelada, que casi logra alcanzar al aproximarse al maquillaje suave, que el color impondrá en el lienzo cinematográfico.

Sylvia MISTRAL

Elisabeth Allan
de la M. G. M.

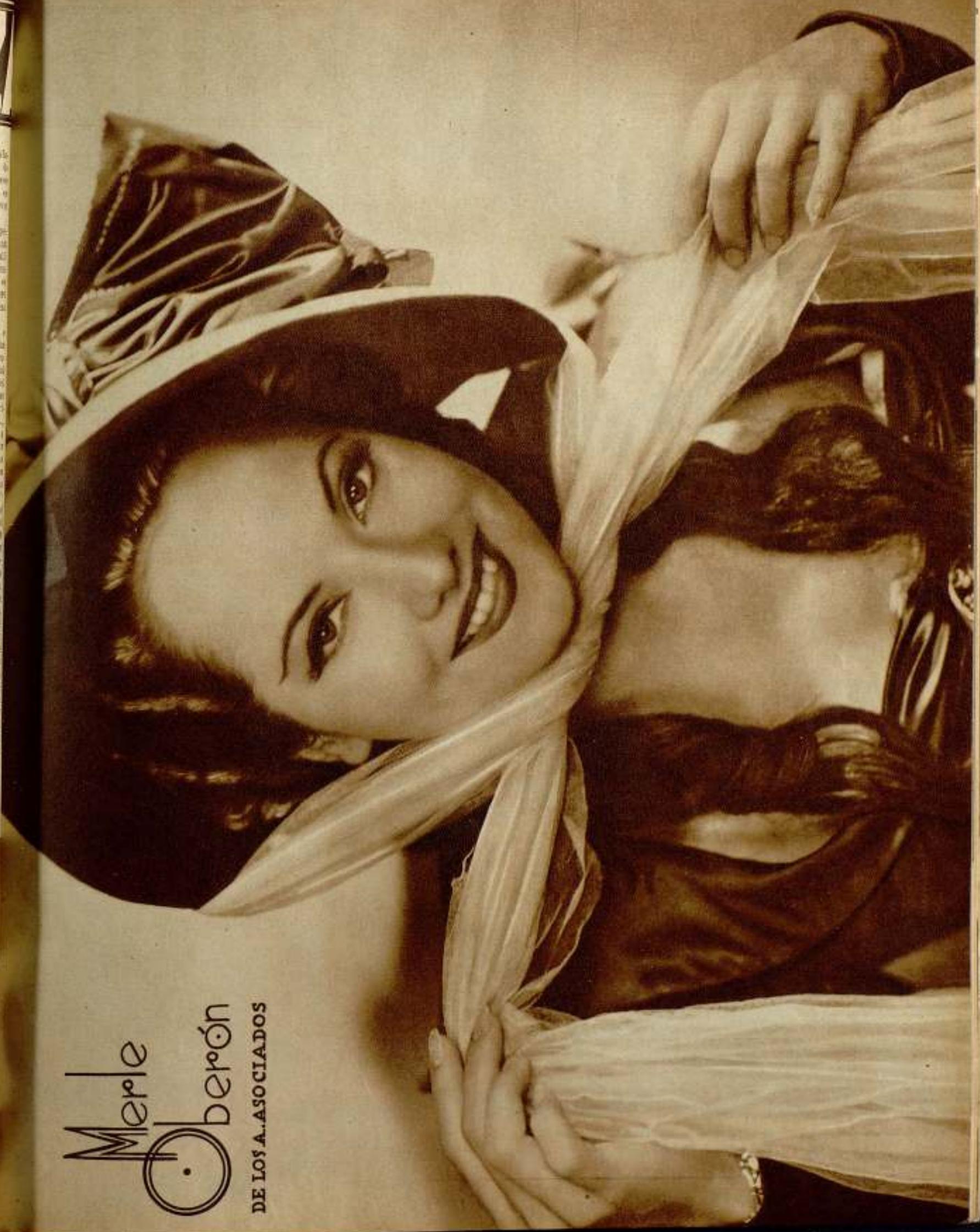


Betty Furness
de la M.-G.-M.



Nina May Kurney
de la London Films





Merle
Oberón
DE LOS A. ASOCIADOS



EL TALENTO EXTRAORDINARIO DE



GERTRUDE MICHAEL

SE discute constantemente en Hollywood si el prototipo del actor de cine ha de poseer la virtud de la versatilidad, si debe haber recibido de la naturaleza la facultad de fingir sentimientos y psicologías diversas o si por el contrario el verdadero actor cinematográfico debe ante todo ser siempre su propio yo, imposición esencial del realismo en el cine moderno.

Gertrude Michael, la muchacha que une a una belleza extraordinaria un talento superior, es una prueba excelente del valor de la versatilidad en el cine. A los doce años, Gertrude, la niña prodigio, había logrado el más perfecto dominio del piano. A los quince cursaba leyes en una Universidad, y a los diez y siete era una directora de una estación de Radio. He aquí una muchacha capaz de conquistar la celebridad sin más arma que su propio talento. Frente a esta jovencita extraordinaria los detractores de Hollywood que critican duramente la superficialidad extraordinaria de los actores y actrices de la pantalla se ven precisados a admitir una excepción notable.

Gertrude nació en la ciudad de Talladega, Alabama. Desde los tres años de edad sus facultades mentales ganaron para la niña un halo de admiración. Sorprendió la memoria extraordinaria que le permitía retener párrafos enteros y poemas increíbles a su edad. A los cinco años podía tocar en el piano con un dedo las tonadas que escuchaba. Y como si esto no fuera suficiente inventaba variaciones y acompañamientos que hacían que su propia madre se negara a creer, cuando no la veía, que era ella la que tocaba.

Aparentemente la música constituyó desde su infancia la afición primordial de la muchacha destinada a la celebridad. A los doce años daba conciertos de piano y tomaba al mismo tiempo lecciones de violín. Pero más adelante, después de graduarse en la escuela superior, Gertrude ingresó en la Universidad de Alabama y un año de estudios en la Facultad de Leyes bastó para convencerla de que no había nacido para la monótona carrera de la abogacía.

Y fué así cómo víctima de sus propios instintos, buscó en el teatro la realización de su verdadera vocación. En Spartamburg, en una escuela privada, continuó el aprendizaje musical, iniciando al mismo tiempo su educación teatral. De allí pasó al Conservatorio de Cincinnati y al poco tiempo descubrió la atracción enorme de la carrera teatral. La emoción de las bambalinas y los bastidores entusiasmó espontáneamente a la aprendiz de piano, cuyo temperamento delicado la atraía constantemente hacia el sendero del arte. Gertrude comenzó a frecuentar los mejores espectáculos dramáticos y precisamente, gracias a su habilidad para el piano, logró con relativa facilidad que le permitieran ingresar en una compañía con la condición de que tocara el piano en los entreactos.

Al poco tiempo Gertrude salió para Nueva York en compañía de su madre y allí la brillantez de los espectáculos teatrales acabó de seducir su mente juvenil. Hizo firme decisión de dedicar su vida al teatro. Revelando sólo a medias sus ambiciones, dedicaba todas sus horas sobrantes a prepararse para las futuras jornadas y todo parecía prometer un futuro magnífico, cuando un suceso doloroso vino a romper el equilibrio de su vida: su padre, a quien ella idolatraba y que tenía sobre ella una influencia decisiva, murió súbitamente. Por un momento, la vida de Gertrude Michael conoció la tragedia en todas sus dolorosas proyecciones. Ella creyó que la pérdida irreparable mataba para siempre el interés de todas sus empresas. Entre ambos acostumbraban disfrutar juntos las delicias del verano en las playas rutilantes de Florida, en Daytona Beach. El recuerdo de los días felices que habían pasado juntos aumentaba la dureza de la decepción. Gertrude hizo un esfuerzo supremo por arrancarse a las garras del decaimiento. Se marchó a casa de su madre en Talladega y decidió ahogar las lágrimas en un nuevo resurgimiento de actividad. Fruto de este primer esfuerzo fué la fundación de una estación de Radio, la estación WFDA, desde donde el talento versátil de la emprendedora muchacha comenzó a llamar la atención.

Realmente, los esfuerzos que hizo son dignos de la mayor admiración. Sus actividades múltiples, su intervención en todos y cada uno de los programas. Era una de esas estaciones pequeñas en que todas las actividades giran en torno a una sola persona. Y como si

EVOLUCIÓN DEL CINEMATÓGRAFO

EL CINE EN RELIEVE

El cine en relieve tiene su base en el principio fundamental de la visión estereoscópica. Una doble imagen con ligeras variantes en su perspectiva, que al mirarse con cada ojo en distinto conducto produce el efecto de presentar en relieve una sola imagen.

Para adaptar este principio al cine es necesario que la pantalla proyecte la misma imagen pero en distinto plano, uno para cada ojo.

El dilema es de difícil solución, pues será necesario que la doble separación se ofrezca al espectador con la misma sencillez que el cine actual, o por el contrario, se verá obligado a usar unos anteojos especiales lo que representará una incomodidad para el público y un gasto extraordinario para la empresa.

La primera hipótesis no resulta absurda ni descabellada, pero exige la desasociación en la pantalla de cada una de las vistas, su escisión alternada, por ejemplo, siguiendo las estrías verticales de las varillas cristalinas. Aun así el problema está muy alejado de su completa y exacta solución.

La segunda hipótesis es más sencilla y lógica: se proyectan dos vistas (derecha e izquierda) sobreponiéndolas y se carga un sistema binocular de aplicar a cada una de las vistas el ojo que le corresponde, excluyendo el otro.

Los anteojos que pretenden haber encontrado la fórmula para obtener la seguridad de la desasociación son innumerables; unos funcionan con el mismo sistema que los obturadores alternativos sincrónicos del cine, otros utilizan la luz polarizada.

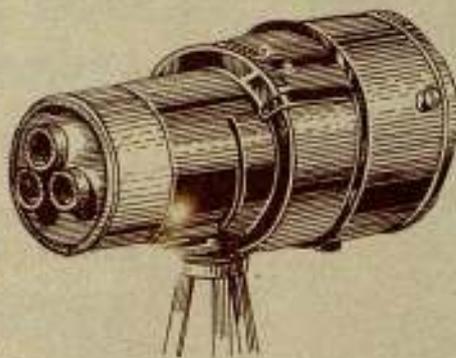
Louis Lumière ha adoptado un procedimiento mucho más sencillo. Se trata de unos cristales de diferente coloración que obran como pantallas selectivas. El cine que posee dos objetivos, es decir "dos ojos", toma las vistas simultáneamente bajo las mismas pantallas de color que constituyen los anteojos del espectador.

El lente con un cristal azul y otro amarillo no modifica en absoluto el color de los objetos cuando se miran a la luz del sol. Sólo sucede que la luminosidad total se disminuye de un 50 por 100 debido a que la mitad del "espectro" corresponde a un ojo y el resto al otro. Sin embargo, no perjudica la vista, porque el reparto es perfectamente equilibrado, pues con igual intensidad trabajan las dos retinas.

Todas las investigaciones científicas se inclinan hacia el descubrimiento del "espectro" exacto de millares de materias colorantes

para llegar por eliminación a las que puedan ser empleadas con éxito. Labor paciente que exigirá la ardua tenacidad de los sabios que desde sus laboratorios aportan a la humanidad los progresos y adelantos de la ciencia.

Al llegar a tal extremo es comprensible que el color natural intervenga para dar la completa sensación de realidad. Sólo es ahora una cuestión de luz potencial.



Nada varía en colorido la visión del mundo, nada sino el grado de luminosidad que la rodea.

Pero las imágenes sobre film de procedimiento tricolor son tres veces más estrechas que la imagen normal; por lo tanto requieren una luz más potente y de mayor intensidad al ser proyectadas.

De realizarse de esta forma surge la pregunta ¿podrán los films normales y corrientes

soportar esta doble fuerza de luz, ya de por sí muy cargada, a fin de ganar la pérdida producida por el procedimiento estereoscópico?

Debe remarcarse que la proyección en conjunto, es decir, colores y relieve, dependerá de un solo y único foco luminoso. Por otra parte, la cara de las tres imágenes tritónicas deberá ser desdoblada para adquirir el relieve que precisa la estereoscopia.

La suma de fuerza luminosa necesaria para la proyección de un film de esta clase parece desafiar todas las posibilidades técnicas. La cinta que se detiene un cuarto de segundo ante el proyector luminoso se inflama, convirtiéndose en ceniza.

Esta es la última perspectiva que nos ofrecen los innovadores del cine, un desafío a la técnica y a las posibilidades de la ciencia.

Pero los físicos especializados han aceptado el reto. Sus largos y profundos estudios parece que han dado sus frutos y se disponen a ofrecer al aparato cinematográfico toda la intensidad de luz que necesita, restituyendo casi de una manera integral en toda su pureza el "espectro" solar.

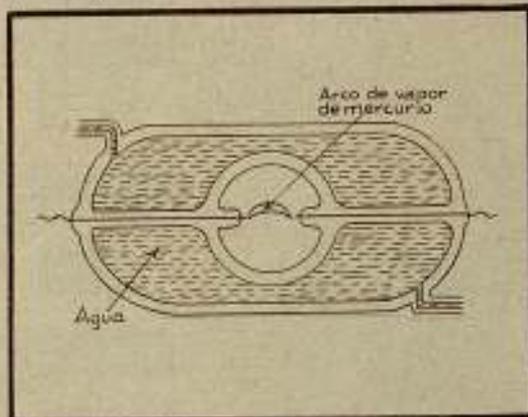
Además, el punto básico y capital de este maravilloso descubrimiento es que se trata de una luz "fría".

Para conseguirla, dos procedimientos se han puesto en práctica. La luz fría, luminiscente de los nuevos tubos Claude, cuyas dimensiones se reducen poco a poco a la medida exacta que requiere el tamaño del foco proyector.

El segundo procedimiento es ya más complicado, se trata de la luz producida por el "tubo al vacío" del arco a vapor del mercurio. Una minúscula cápsula de mercurio hace explosión entre dos electrodos a una distancia exacta de un centímetro. El voltaje de este arco es de tal potencia que la temperatura teórica entre los dos electrodos se elevaría hasta cerca de los 6000 grados, temperatura igual a la que los astrónomos atribuyen a la fotosfera del sol.

El vapor de mercurio excede las 200 atmósferas en el interior de la cápsula. Pero ésta tiene tan poca resistencia que es suficiente rodearla de una corriente de agua a la temperatura normal para desvanecer las calorías producidas.

Un minúsculo sol artificial, algo que a primera vista parece un sueño, y no obstante está muy próximo a conseguirse, esto es lo que espera el cinematógrafo para llegar al máximo de las posibilidades técnicas.



esta sorprendente variedad de inclinaciones no fuera todavía suficiente, la muchacha aprovechó la oportunidad de hallarse ausente el pastor metodista de su iglesia favorita para reemplazarlo con su anuencia en una serie de sermones de verano.

Al cabo de un año Gertrude volvió a renovar sus actividades teatrales en la compañía de Stuart Walker, con quien había trabajado varios años atrás. Durante un año permaneció con él y luego se marchó a Broadway a enfrentarse con la vida y la celebridad en toda su amplitud. En 1932 el éxito definitivo llamó a sus puertas. Gertrude había pasado largos meses trabajando en teatros pequeños y luchando a brazo partido con la vida. Al fin, Rachel Crothers, haciendo el reparto de "Caught Wet" tropezó con la poca preparación y falta de dotes de cinco muchachas elegidas consecutivamente para la parte principal. Cincuenta muchachas se ofrecieron a una prueba definitiva para adjudicar la parte a la que mostrara mayor talento. Gertrude decidió competir en esta justa extraordinaria de talento dramático.

Fué el momento decisivo en la iniciación de su vida joven. Miss Crothers anunció que la muchacha seleccionada debería saber tocar en el piano con perfección la sinfonía número

uno de Skriabin. Gertrude no había escuchado nunca esa pieza musical y pasó los más graves apuros. Se quedó sin almuerzo y pasó los pocos minutos asignados en una tienda de música comprando la partitura. Pero el triunfo fué el premio de sus esfuerzos. Gertrude obtuvo un gran éxito en las tablas y de allí le fué fácil pasar contratada a los estudios Paramount.

Su vida es una prueba evidente del valor inmovible de la voluntad y el talento. Ella puede decir a boca llena que sola y sin ayuda de nadie se abrió paso en la vida. Su belleza extraordinaria, sus ojos de luz, rostro clásico, sonrisa inimitable, la dulzura musical de su personalidad, fueron sólo accesorios del triunfo, pero Gertrude Michael, la heroína de "Unashamed", "Sailor Beware", "A Bedtime Story", "Night of Terror", "I'm no Angel", "Ann Vickers", "Cradle Song", "Search for Beauty", "Bolero", "The Witching Hour", "Murder at the Vanities", "Cleopatra", "The Notorious Sophie Lang", "Menage", "Father Brown, detective", "It Happened in New York", "Four Hours to Kill", "The last outpost" y "Woman Trap", esta última aún en producción. Es un ejemplo indiscutible de que todavía el talento tiene un sitio de honor en la ciudad de la publicidad y de la ficción.

Los que conocen de cerca a Gertrude Michael saben que a pesar de la rapidez con que ha logrado ascender, Gertrude es una de las muchachas más sencillas que pueden imaginarse. Tiene la modestia de todos los que valen y en ella, visión de oro y de suavidad indescriptible la simpatía personal y la sencillez son adornos nunca igualados.

Frecuentemente, la perfección de la fotografía y el maquillaje hacen que estrellas de hermosura poco común produzcan al conocerlas en persona una pequeña desilusión. Nada lograría, sin embargo, una idea exacta de lo hermosa y sorprendentemente interesante que es Gertrude Michael vista de cerca. Posee un brillante sentido humorístico, una voz musical y habla el inglés con un delicioso acento sureño. Gertrude ama a Hollywood y al cine, pero para ella no hay como Nueva York donde la fortuna comenzó a ofrecerle sus caricias cuando aún iba por la vida con desconfianza y temor, la gran ciudad cosmopolita donde esta muchacha predilecta de la celebridad conoció el grato sabor de los aplausos y de la gloria.

VICTOR JOSE SABUNI

Hollywood, California, U. S. A.

El Desengaño

de



rada, entregada sólo a sus aficiones de la música y la lectura, resultaba heroína de las más sensacionales noticias de Hollywood. Lilian Harvey sólo tenía un deseo. Realizar una buena película para demostrar a la prensa y al público que era capaz de igualar y superar los éxitos obtenidos en Europa. *Mis labios engañan* fue la primera película que le destinaron. El argumento era soso y la cantante-artista sufrió otro desencanto al saber que Janet Gayner había realizado un film con idéntico argumento.

Cuando estuvo terminado, los productores se dieron cuenta de la igualdad de los temas, y como el público solicitaba la presencia en la pantalla de Janet, la cinta *Mis labios engañan* quedó relegada a segundo término. La espera fue peligrosa y deprimente; retrasar la proyección de una cinta equivale a la tática de confesión de su inferioridad, y esta impresión fue apoderándose de los espíritus, y llegó el fracaso.



A su regreso de América, la gentil Lilian Harvey, con encantadora sinceridad, ha confesado los defectos que a su juicio han sido causa de su fracaso como estrella de la casa Fox, cuyo contrato ha quedado anulado.

En Hollywood sufrió la primera decepción artística de su vida; sin embargo, el porvenir se le ofrece lleno de promesas, y lo que en los principios fue suerte, en el futuro será esperanza. Dos años en América le han dado una visión real de las cosas, y considerándolo con calma, cree que le han hecho un favor inapreciable.

En Hollywood en enero de 1935, se sintió literalmente aplastada por el entusiasmo recibimiento de que fue objeto. Cuanto de extraordinario y maravilloso poseía la casa Fox, sirvió para crear a su alrededor un ambiente de lujo refinado, de distinción elegante y un poco de calma; agradecía y comprendía el motivo que impulsaba a los productores, pero Lilian no era una princesa, sino una muchacha normal y aquella atmósfera de adulación y acatamiento llegó a parecerle una burla. Envidiaba la tranquilidad anónima. Para complicar más la situación empezaron a circular toda clase de historias, los agentes de propaganda no descan- saban, y a pesar de llevar un a vida reti-

Después se realizó *Yo soy Susana*, la mejor película que filmó en América y, no obstante, todavía muy inferior a sus creaciones europeas que le dieron fama universal.

Lilian no era feliz. Un día le propusieron interpretar el papel de la que fue el último amor de Schubert, en un film sobre la vida del célebre músico. Aceptó encantada juzgando que sin descanso, tomó lecciones de violín; todos trabajaban con ardor para poder empezar el rodaje en la fecha anunciada.

Al fin le entregaron el manuscrito y su lectura llenó su alma de rebeldía. ¿Aquella era la atractiva Viena donde viviera Schubert? Además, los productores decidieron reducir a la mitad los gastos destinados a la proyección; sólo los principales actores llevarían trajes de época, los demás vestirían de las existencias almacenadas en los guardarroplas. También se aprovecharía un decorado moderno con ligeras variaciones.

Lilian Harvey no podía resistir más; solicitó la anulación del contrato y fue amablemente atendida. En seguida llovieron sobre las ras, pero su espíritu no podía soportar más decepciones, necesitaba partir. Además, un grave ataque hizo necesaria una intervención quirúrgica y cuando estuvo restablecida firmó un contrato para trabajar en tres producciones en Inglaterra.

Pero todavía no ha dicho un adiós definitivo a Hollywood, la experiencia le ha enseñado que antes de firmar un contrato, tenedores que también en América es la misma Lilian Harvey, la encantadora mujercita de cláusulas, y quiere demostrarse detenidamente que el congreso se divierte, que arrastra tras su gentil figura la adoración de todo un pueblo. Confiamos como ella que el futuro guarda para todos maravillosas sorpresas.

M. CAMPOS
Londres, octubre de 1935



DOS CARTAS SECRETAS



Filmoteca

Hoy mismo saqué de nuevo las dos cartas y volví a leerlas. Son las mismas que me escribió después de marcharse. Sé que no debería haberlas guardado, pero siempre me fué imposible destruir las. Tampoco ignoro que si mi marido las encontrase no me comprendería ni me perdonaría. El secreto está encerrado en mi corazón. Nunca se lo revelaré, y si ahora escribo la historia de mi vida, lo hago en parte para avisar a otros que pudieran incurrir en los mismos errores y en parte también para aliviar mi propio corazón. Y aunque nadie sabrá quién soy, resulta consolador referir a otras personas los propios dolores.

Empecemos por dar cuenta de mi infancia. Creo que en toda mi vida no he sido feliz un solo día. Desde que era una niña, me pareció que sobre mis hombros tenía que soportar todos los dolores y todas las preocupaciones del mundo. Ignoro cómo se me ocurrió la idea de esforzarme en adquirir alguna educación e instrucción para abrirme paso en el mundo. Desde luego, no me la inspiró ningún individuo de mi familia. Mi padre era un hombre muy trabajador, pero bastante despreocupado. Vivía al día. Como tuviésemos un lugar para dormir y algo que comer se daba ya por satisfecho. Cuando yo era aún muy pequeña decidí ir a la escuela, asistir luego a clases superiores y seguir la carrera de comercio para poder ganarme la vida. Yo tenía dos hermanos y una hermana, pero ninguno de ellos sintió tales ambiciones y sin cesar se burlaban de mi ardiente deseo de llegar a ser algo.

—La pequeña —decía uno de mis hermanos— quiere ser una de esas ridículas taquimecanógrafas. Y estoy seguro de que no logrará ganar lo suficiente para vivir. Además no aprenderá nada bueno en compañía de esas cursis que se dedican a estudiar.

A causa de lo mal que yo vestía no tenía amigas ni recibía ninguna invitación, esto sin contar con que mi familia vivía en un barrio obrero. Yo era bastante linda, pero eso tenía poca importancia para mis elegantes compañeras de estudio. Algunas veces me sentía descorazonada, al advertir que mis condiscípulas parecían ignorar mi presencia cuando se trataba de organizar alguna pequeña fiesta. Y a pesar de que en ciertas ocasiones me forjaba la ilusión de ir muy bien con el traje de crepón que me había hecho yo misma, al ver los preciosos trajes que llevaban mis compañeras, procedentes de las mejores tiendas, comprendía mi inferioridad, mas, sin embargo, miraba a mi alrededor sonriendo, como si no me diera cuenta de ningún desaire y me divertiese como las demás.

Continué mis estudios y los terminé en el mes de junio. Estaba orgullosa de mí misma, pero en mi casa nadie se entusiasmó con mis éxitos. Entonces mi hermana estaba ya casada y mis hermanos trabajaban y se gastaban su sueldo entero en beber whisky y en divertirse con las muchachas con que podían relacionarse. Mi casa nunca fué para mí un hogar agradable. Cuando mis hermanos me encontraban en ella, se complacían en molestarme tanto como podían. Por esto me consideraba tan desgraciada que a veces deseaba no haber nacido.

Un mes después de terminar mis estudios comerciales, entré como cajera en un almacén de drogas. No tenía dinero para seguir los cursos especiales de ampliación y no conocía a nadie dispuesto a ayudarme. Por esto decidí ahorrar algo cada semana y así tal vez lograría reunir lo suficiente. Como es natural, trabajando en un lugar tan público, pude conocer a muchos hombres, pero no hacía ningún caso de ellos, porque estaba resuelta a abrirme paso en la vida.

Un día conocí a la cajera de un teatro. Vestía con lujo y parecía una muchacha distinguida. Muy pronto nos hicimos amigas y ella no tardó en decirme que era una tonta en no aprovechar las ocasiones de divertirme que podían presentarse. Añadió que me indicaría dónde podría comprar trajes a plazos, de modo que por dos o tres dólares a la semana iría siempre bien vestida.

—Pero de este modo —objeté— siempre se está en deuda.

—¿Y eso qué importa? —replicó—. No se vive más que una sola vez y hay que aprovecharse.

Mi vida era tan desagradable y me era tan odiosa mi casa, que me decidí a seguir el consejo de mi amiga. Mi hermana, separada de su marido, volvió a casa con dos niños, aumentando así la carga que pesaba sobre los hombros de mi padre. Yo contribuía a los gastos de la casa con una pequeña cantidad, pero mis hermanos no solamente no pagaban nada, sino que, además, se dedicaban a zaherirme cuanto podían.

—¿Para qué seguir condenada a las privaciones? —dije un día a mi madre—. Yo también quiero vivir. ¿Qué satisfacciones tengo ahora?

Mi madre no se preocupó nunca gran cosa de lo que yo hacía. Estaba demasiado ocupada en zaherir constantemente a mi padre y en amparar a mis hermanos cuando necesitaban dinero. Por esto para una muchacha que como yo pertenecía a tal familia, era muy fácil el contraer relaciones peligrosas. Mi amiga Cleo me presentó a algunos muchachos muy agradables, pero al principio yo era demasiado reservada y vergoazosa para divertirme con ellos.

—No seas así, tonta —me decía Cleo—. ¿qué importancia tiene un beso entre amigos? Comprendo muy bien que no quieras cometer imprudencias, pero, por lo menos, podrías esforzarte en lograr que esos muchachos se interesen un poco por ti.

Al principio me parecía muy feo el besar a mis amigos, pero poco después ya no daba a eso la menor importancia e hice rápidos progresos en aquella nueva vida de relación.

Una noche nos hallábamos en un restaurante de las afueras y acabábamos de cenar. Nuestros compañeros estaban borrachos y Cleo no

muy serena. A mi la escena me daba asco. El hombre que iba conmigo empezó a mostrarse muy cargante y me ofreció una copa de licor.

—Mira, déjame en paz —le dije—, estoy cansada y no quiero beber.

Todos estaban borrachos a excepción de un muchacho a quien descubrí en el rincón opuesto de la estancia.

—Vámonos a casa, Cleo —dijo—. Ya sabes que mañana tengo que ir a trabajar.

—De ningún modo, pequeña —replicó Jaime—. Vamos a estar aquí hasta la madrugada. ¿Qué mosca te ha picado esta noche?

Me levanté de la mesa sin contestar y me asomé a un balcón inmediato. Brillaba la luna y el mundo entero parecía estar aromado por las rosas del jardín que rodeaba la casa. Allí me quedé con la cabeza levantada y mirando a las estrellas. ¿A dónde me conduciría aquella vida? ¿Qué goces y diversiones me proporcionaba? Me pasaba el día trabajando en un almacén de drogas, con un sueldo verdaderamente ridículo. La verdad que durante las noches creía divertirme. Vestía bien, pero estaba cargada de deudas y ante mí no había ninguna esperanza, ninguna ilusión. Habían muerto ya todas mis ambiciones. Y me puse muy triste.

—Es una hermosa noche de luna, ¿no es verdad? —dijo una voz a mi lado.

Me volví rápidamente y reconocí al joven que estaba en el rincón opuesto del comedor. Era el único de la reunión que no estaba borracho. Desde luego la fiesta que habíamos celebrado no se distinguía por su corrección, pero tampoco el lugar era demasiado distinguido, de modo que nadie se escandalizaba por lo que ocurría. Mi nuevo interlocutor era un joven de aspecto agradable.

—Me enteré de su deseo de irse a casa —me dijo.

Y entregándome una tarjeta, me pidió permiso para acompañarme. Se lo concedí y a partir de aquel día nos encontramos casi cada tarde. Siempre se mostraba afable y cariñoso conmigo. Y al cabo de tres meses me casé con él. El amor que sentía por Guillermo Martín no era la pasión que más tarde conocí. Y creo que le amé porque siempre fué bueno y cariñoso conmigo.

No era rico y por esto decidimos que yo seguiría trabajando con el fin de poder ahorrar todo lo posible. Y así lo hicimos. Yo trabajaba en nuestras dos habitaciones y en el almacén de drogas. Después de pagar todas mis deudas de soltera, decidí seguir el curso de ampliación de estudios comerciales que tanto había deseado; así podría ganar más dinero y ahorrar mayor cantidad para poner nuestra casa. Mis ambiciones eran grandes. De ahí que trabajara con todo entusiasmo. Por las noches estudiaba varias horas y en tres meses terminé el curso de taquigrafía y de mecanografía. Resulta realmente divertido el ver qué cosas tan pequeñas pueden alterar el curso de toda una vida. Un día me enteré de que dos casas comerciales buscaban una taquígrafa. En una de ellas obtuve ese empleo que cambié por entero mi vida, porque encontré al hombre que llegué a amar más que nada en el mundo.

Mi nuevo destino consistió en estar a las órdenes del señor Juan Trenton, el hombre más rico de nuestra ciudad y propietario de una fábrica enorme, que se hallaba en los alrededores de la población. Buscó una muchacha sin experiencia porque, según decía, prefería enseñar a sus secretarías conforme a sus gustos particulares. No le importaba que yo estuviese casada. Desde el principio fué muy bueno para conmigo. Los primeros días estaba tan nerviosa, que tal vez mi trabajo se resintió de ello, pero como mi jefe era paciente y bondadoso, muy pronto recibí el aplomo.

El porvenir empezaba a mostrarse brillante para Guillermo y para mí. Por haberle a él aumentado el sueldo, pudimos ya ahorrar algún dinero con la esperanza de tener muy pronto nuestra propia casa.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Muchas veces el hombre hace planes y el destino toma el hilo de su vida y se complace en entredarlo.

Mi jefe era un viudo digno, reservado y bondadoso, pero algo altanero. Transcurrieron unos meses antes de que me refiriese algo de su pasada vida, pero yo tengo el don innato de provocar las confidencias de los demás, de modo que poco después el señor Trenton me había dado cuenta de sus pesares y de la poca felicidad que pudo gozar en la corta vida de su esposa. Naturalmente, su historia me inspiró compasión y a mi vez le referí la mía. Un día me dijo que estaba contento de que yo fuese una mujer casada con un hombre como Guillermo y me recomendó que siempre fuese fiel a mi marido.

El señor Trenton frecuentaba los lugares más distinguidos de la ciudad. Le invitaban de todos lados, las mujeres le acosaban sin cesar y hasta muchas se enamoraban o fingían enamorarse de él, porque era cortés, bondadoso y considerado para todo el mundo. A mí me daba excelentes consejos en mis pequeños conflictos.

Poco después procuré imitar las maneras de las personas distinguidas que venían a visitarle. Copié los trajes de las mujeres y sus peinados. Aunque mis vestidos eran sencillos solían ser de elevado precio.

Transcurrió un año que resultó el más feliz de mi vida. Guillermo y yo habíamos ahorrado ya el dinero suficiente para pagar el primer plazo de compra de una casita y no hay que decir que ambos estábamos entusiasmados. Por las noches solíamos trabajar hasta las doce, colgando cuadros, pintando puertas y ventanas y convirtiendo nuestra casita en una verdadera monada.



No recuerdo con precisión cuándo descubrí el hecho estupendo de que el señor Trenton estaba enamorado de mí. Algunas veces, al levantar la cabeza de mi trabajo, le sorprendía mirándome; entonces él se apresuraba a desviar los ojos, pero si repetía la maniobra, volvía a sorprenderle en el acto de contemplarme con profunda mirada.

—No puede usted imaginarse, señora Martín, la grande influencia que ha ejercido usted en mí. Ya no estoy tan solo como antes y los ratos que paso en la oficina me resultan mucho más agradables. En realidad me ha ayudado mucho y lo atribuyo a que es usted muy distinta de todas las mujeres que conozco.

Un día fué a visitarle una señora y en cuanto se hubo marchado, al notar el rastro del perfume que dejó al pasar, me volví a mi jefe y le dije:

—Huele a gardenia. ¿No le gusta este perfume?

—Sí —contestó—. Pero he observado que usted no lo lleva nunca.

—¡Oh, es demasiado caro para mí! —repliqué riendo—. Estos perfumes no son para las muchachas pobres como yo.

A la mañana siguiente encontré un gran frasco de perfume de gardenia junto a la máquina de escribir. Comprendo que no debía haberlo aceptado, pero no me sentí con fuerzas para rechazarlo. Además, el señor Trenton parecía ser muy distinto de la mayor parte de los hombres y por esta razón no creí obrar mal admitiendo su obsequio.

Una tarde me preguntó si a Guillermo y a mí nos gustaría ir con él un domingo en automóvil a una posesión que tenía para pasar el día. Mi marido y yo aceptamos y pasamos unas horas deliciosas en el campo. Si a Guillermo le pareció extraordinario el hecho de ser invitados por parte de mi jefe, no lo dió a entender.

Poco después, Guillermo se vió obligado a ausentarse de la ciudad por espacio de una semana.

Las veladas eran muy largas y aburridas para mí, y un día el señor Trenton me preguntó si mi marido tendría inconveniente en que yo fuera invitada por él a cenar y luego al teatro.

A mi juicio a Guillermo no le gustaría, pero me sentía tan sola que acepté. Hasta entonces en jefe no me había dirigido una sola palabra

de amor y a mí me parecía tan natural estar todo el día a su lado trabajando que no encontré raro el pasar con él aquella noche.

Al regresar a casa en su automóvil me dijo que desearía tener el derecho de estar siempre conmigo, pero que, desde luego, me podía asegurar que jamás haría cosa alguna que pudiese redundar en perjuicio de mi felicidad y de la de mi marido. No dijo nada más y no intentó siquiera darme un beso.

Después de estas palabras yo debía haber abandonado el empleo que tenía en su casa, pero no me sentí con fuerzas para ello y cada vez que pensaba en marcharme se me destrozaba el corazón. Yo me di cuenta de que le amaba de un modo apasionado que hasta entonces no había conocido. Pero creí ser capaz de ocultarle mi amor, de ocultárselo también a Guillermo y hasta a mí misma por algún tiempo.

No volví a salir con él, aunque tampoco me lo pidió.

Transcurrió aquella semana y Guillermo regresó a la ciudad. Le dije que había ido a cenar con el señor Trenton y como mi marido era comprensivo, no me lo reprochó, por más que no se dió cuenta del terreno peligroso que yo estaba pisando.

Un día, después de haber copiado a máquina un largo documento que me encargara el señor Trenton, me llevó a su mesa con objeto de hacer algunas modificaciones. Yo estaba inclinada sobre el papel, leyendo con él y haciendo las correcciones que me indicaba. Ignoro por qué obró de aquel modo, pero el caso es que, poniendo su mano sobre la mía, me dijo que me amaba con toda su alma.

—Comprendo, Rosa —me dijo—, que tal vez me juzgará usted muy mal, porque no debía haberle dicho eso. Pero no puedo estar con usted todo el día y seguir ocultándole mis sentimientos, así como tampoco dejar de amarla. Haga el favor de perdonarme y le prometo que nunca más volveré a exteriorizar mis sentimientos.

No quise darle a entender que yo también le amaba. Tal vez, si obrar así, lo hice impulsada por mi orgullo y quizás también por comprender que mis sentimientos eran pecaminosos.

—Creo que mejor será, señor Trenton, marcharme de su casa, porque no puedo exponerme a que vuelva a ocurrir una cosa semejante, ya que

no sería digno de usted, de mí, ni de mi marido. De todos modos confieso que nuestra amistad ha sido muy agradable. —

V, en efecto, estaba resuelta a marcharme al fin de la semana.

AQUELLA noche Guillermo y yo nos sentamos en nuestra pequeña terraza.

—Verdaderamente estamos de suerte, Rosa —me dijo—. Esta casita será muy pronto nuestra. Al otro año ya no te dejaré que sigas trabajando. Has sido una mujercita espléndida, una verdadera compañera de mi vida y gracias a tu auxilio hemos podido comprar esta casa. En realidad me has ayudado mucho. —

«En realidad me has ayudado mucho.» Estas mismas palabras me las dijo también el señor Trenton. Entonces me pregunté qué sería de nosotros y comprendí que no podía abandonar mi empleo. A Guillermo le extrañaría mucho y sería preciso darle numerosas explicaciones. Desde luego podría encontrar otra ocupación, pero no había que esperar que me diesen el sueldo que ganaba ahora. Según acababa de decirme mi marido, dentro de un año habría cambiado nuestra situación, y por otra parte estaba segura de que yo no cometería ninguna falta irreparable y de que no daría a entender nunca a mi jefe que yo también le amaba.

A la mañana siguiente dije al señor Trenton que había decidido continuar. Me contestó que se alegraba mucho de ello.

Entonces empezó la tentación más grande de mi vida. Ambos sabíamos que nos amábamos, pues él, aunque yo no se lo hubiese dicho, estaba convencido de cuáles eran mis sentimientos. Y los dos luchábamos con todas nuestras fuerzas para no demostrarlo y para impedir que la desgracia hiciera presa en nosotros. Muchas veces yo me sorprendía al sentir el deseo de besarle. En algunas ocasiones parecía como si nada nos importase a excepción de nuestro amor mutuo, pero en aquellos momentos yo pensaba en mi marido que confiaba en mí y que me amaba.

Sin embargo, era inevitable la crisis. El señor Trenton me ayudaba una noche a ponerme el abrigo cuando, de pronto, me cogió en brazos y me besó. Me besó como tanto había deseado, a pesar de que luché con todas mis fuerzas para impedir que me besara de aquel modo.

—La amo, Rosa. La amo a usted más que a nadie en el mundo. Sé que usted me ama también. Ambos nos hemos esforzado en no dárnoslo a entender, pero yo no puedo ocultarlo por más tiempo, querida mía, y debe usted tener en cuenta que también tenemos derecho a gozar de un poco de felicidad. Jamás haremos nada de que tengamos que arrepentirnos. Pero recuerde que estoy muy solo y que la amo. Creo que no habrá ningún mal en permitirme que le demuestre un poco mi amor. —

Aquella noche, durante mis largas horas de insomnio, me dije repetidas veces que obraría muy mal accediendo a lo que él deseaba, pues aun cuando me limitase a besarle, faltaría a mis deberes de esposa. Guillermo era demasiado bueno y leal para que yo le engañase lo más mínimo. Sin embargo, no me sentía con bastantes fuerzas para resistir. Me dije que Juan, porque ya le llamaba así, no se mostraba a la altura de su carácter, aunque luego comprendí que no había dejado de ser el mismo de siempre y que si claudicó fue por no tener ya más fuerzas con que combatir su ardiente amor por mí. Es decir, que su caso era aproximadamente igual que el mío propio.

De nuevo Guillermo tuvo que ausentarse de la ciudad y no pude evitar que mi jefe me invitase otra vez a cenar. Pero esta cena fue muy distinta de la anterior, porque ya no trataba de disimular el amor que por mí sentía, ni yo tampoco me esforzaba en ocultar mis sentimientos.

—Querida Rosa —me dijo—. La semana próxima he de emprender un largo viaje. Mis negocios me obligarán a pasar seis meses o un año en América del Sur. De continuar aquí aumentaría mi amor cada día y mucho más sabiendo que usted también me ama. Pero como es una muchacha demasiado buena y noble para faltar a sus deberes y para hacer la desgracia de Guillermo, comprendo que nunca será mía. Si yo hubiese sido un hombre bajo e indigno, tal vez no nos importaría ahora, él. Pero no lo merece, porque es un buen muchacho. Nadie sabrá nunca cuánto la amo a usted, Rosa, pero mi amor no será jamás su desdicha. Ya le dije, hace mucho tiempo, que mis sentimientos no le acarrearán la desdicha ni a usted ni a su marido. Tanto usted como yo hemos luchado para contener nuestra pasión, pero está visto que es inútil. Por lo menos yo no puedo dejar de quererla y así no tengo más remedio que alejarme por completo de su vida.

—Pero, Juan, supongo que no se propondrá usted alejarse de mí para siempre.

—Sí, querida mía. Eso, precisamente, es lo que debo hacer. Me consta que usted cuenta con su salario para pagar los plazos de compra de su casita. Por esta razón he convenido con uno de mis amigos que dé un empleo a Guillermo en su negocio y a cambio de un salario que equivalga a lo que ustedes dos ganan actualmente. No, querida Rosa —añadió al advertir que yo me disponía a protestar—. Ni usted ni Guillermo me han de agradecer nada por eso. Su marido es un muchacho listo que merecerá el sueldo que le den. Todo lo que necesita es una oportunidad para hacerse valer.

—Pero yo no puedo consentir que usted se marche, Juan —exclamé—. No quiero que desaparezca usted de mi vida para siempre. Le amo como ya sabe y si es preciso le acompañaré. ¡Oh, Hérveme consigo, Juan! —rogué—. ¡Se lo suplico!

—He de confesarle, querida Rosa, que en el primer momento prevaleció en mí el egoísmo. Tan sólo pensé en mi deseo de que fuese mía, y si hace algún tiempo hubiese usted consentido en ello, ahora me la habría llevado a pesar de todo. Pero he aprendido a quererla un poco más cada día y sé que no pertenece usted a la clase de mujeres que se entregan al amor ilegítimo, fuente de toda clase de desdichas y de remordimientos. Es usted demasiado noble y buena. Y precisamente la he querido tanto a causa de estas cualidades. —

Y así fue cómo Juan desapareció de mi vida. Yo, perdida ya toda mi fuerza de resistencia, le rogué que me llevase consigo, pero se mostró firme, fuerte y noble como siempre.

—Esto la haría desgraciada, amada mía —dijo—. Y en cuanto yo esté lejos se alegrará mucho de que no me la haya llevado conmigo. —

Tal vez tenga razón, porque en realidad debo mucho a Guillermo. Pero nunca podré amarle con el mismo amor que me inspiró Juan Trenton. Ahora comprendo que Guillermo me inspiró tan sólo gratitud por haberme alejado de la vida desdichada que siempre tuve en mi casa.

Guillermo aceptó el empleo que le ofreció el amigo de Juan, pero jamás sabrá que se lo debemos a éste.

ALGUNAS veces me pregunto si no pecho mucho más viviendo con Guillermo y amando al mismo tiempo a otro hombre, que si me hubiese marchado con éste. Pero luego veo lo mucho que me quiere mi marido y el dolor que le causaría enterarse de la verdad. En realidad yo nunca he pecado; tan sólo permití que Juan me diera dos besos. Uno en la oficina y el otro al despedirnos.

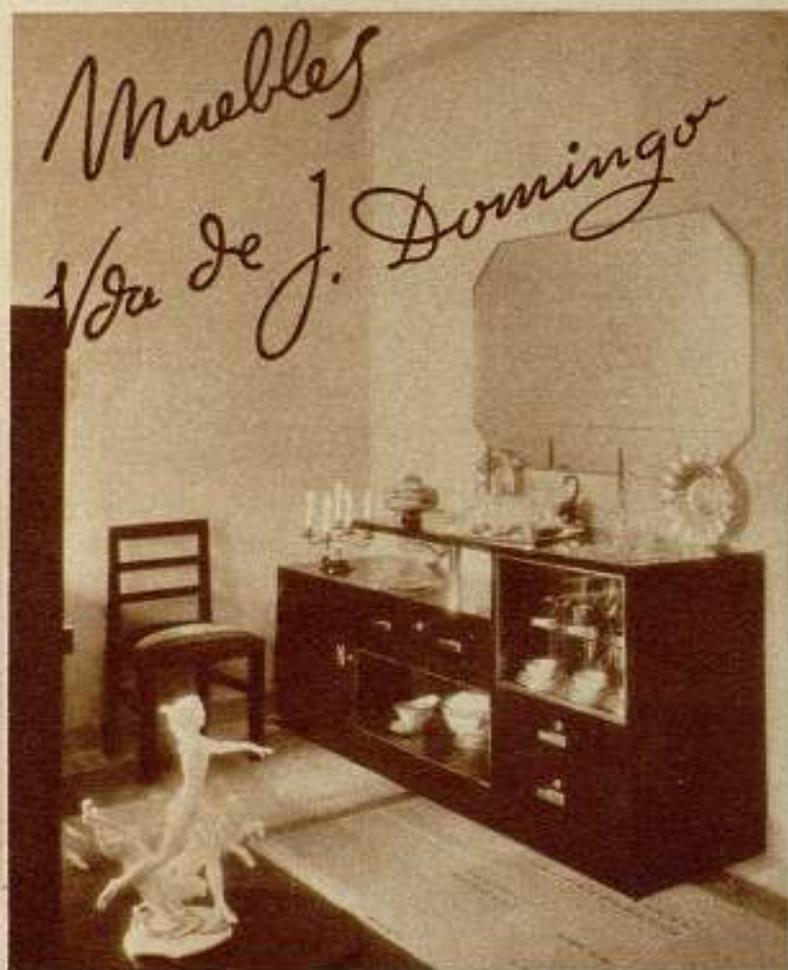
Ha pasado ya un año desde que Juan marchó a América del Sur. En la primavera próxima será madre y Guillermo está contentísimo. Yo también soy feliz y creo que aquí estará la solución de mi problema.

Ayer leí en el periódico que Juan estará de regreso en la semana próxima. Mi vida futura ha de dedicarse por entero a mi hijito y no he de hacer nada que mi hijo no pueda conocer.

Ahora voy a leer de nuevo las dos cartas que me escribió después de haberse marchado. En la primera me rogaba que fuese a vivir con él, pero en la otra me recomendaba que no hiciese caso de la anterior y terminaba excitándose a que siempre fuese una mujer honrada y buena. Después de haberlas leído las quemaré, destruyendo así el último lazo que me une con Juan Trenton. Me será muy duro obrar de este modo, pero debo hacerlo así en obsequio de Guillermo y de mi hijito.

Mas aun cuando quemé las cartas, no puedo ni deseo librarme de los recuerdos; creo tener derecho a ellos.

J. DE TRENTON



tiene el gusto de manifestarle el traslado de sus salones de exposición y ventas, ofreciéndole al mismo tiempo los nuevos y ampliados locales en la calle Cortes, 629 bis (entre Claris y Lauria)

Compre todos los sábados

FILMS SELECTOS

el semanario de cine más elegante

30 CÉNTIMOS EJEMPLAR



Hispania Orbis Films, la nueva productora cinematográfica, presenta este notable film, en cuya realización no se ha escatimado esfuerzo alguno.

Este film, dirigido por Isidro Socías y Juan Parellada, ha sido interpretado por Hilda Moreno, Ramón de Sentmenat, Rosita de Cabo, Fernando Cortés, Castro Blanco y otras primeras figuras de la pantalla nacional.



Antonio Moreno EN

Filmoteca de Catalunya **España**



Flora MADRID

Antonio Moreno en la actualidad.



Nuestro redactor señor Esteve en su entrevista con Antonio Moreno.

Ha venido contratado para filmar "Maria de la O". El único actor español que ha merecido el honor de ser opo- nente de Greta Garbo, antes de ser artista, fué panadero.

Antonio Moreno, Raul Roulien y Conchita Montenegro en una escena del film "Asegura a su mujer".



ANTONIO Moreno está en Barcelona y esta vez no de paso, sino para estar con nosotros algunas semanas: todo el tiempo que dure la realización del film «Maria de la O», en el que interpretará uno de los principales papeles. Nos sentimos contentos y sorprendidos. Figúrese el lector, un artista de fama mundial que va a trabajar en una producción española y a honrar nuestros modestos estudios. Como es sabido, la máxima aspiración del artista cinematográfico español ha sido conseguir ser contratado por alguna casa americana. Cruzar los mares y actuar en la meca del cinema representa para ellos no sólo fama y dinero, sino la consagración definitiva de su personalidad artística. Lo que no había sucedido hasta ahora y hasta hubiera parecido fabuloso poco tiempo atrás, era el caso inverso: el de que un artista de fama mundial viniera para actuar en una película española. Y, sin embargo, es así. Estamos de enhorabuena porque nuestra producción ya se puede permitir estos lujos. Antonio Moreno entra en nuestra produc-

ción con todos los honores; no merece menos su ilustre personalidad de gran artista cinematográfico, de actor excelente.

LOS COMIENZOS

Antonio Moreno nació en Madrid y se crió en Andalucía junto a su madre. A los nueve años trabajaba de aprendiz en una panadería. Y aquí llega el momento en que se produce el hecho que podríamos calificar de providencial. La anécdota merece ser contada. Un día el muchacho se encuentra jugando con sus amiguitos en la plaza del pueblo, cuando pasan unos señores norteamericanos que acaban de llegar. Les llama la atención la vivacidad, la gracia y acaso la travestura del muchacho. Entran en conversación con él, se establece una corriente de simpatía y los norteamericanos ofrecen llevar al muchacho a una pastelería para comprarle algunas golosinas. Los otros muchachos se apiñan con alboroto alrededor de los extranjeros. Entra en escena un guardia municipal que, procurando por el buen nombre del pueblo, no quiere permitir que los extranjeros sean molestados. Comina a los chicos a retirarse, éstos no obedecen y con excesivo celo reparte algunos varazos entre la chiquillería. Antolito Moreno se cree protegido y no huye. Pero el guardia insiste en que se retire también y ante su resistencia se decide a vapulearlo. Los extranjeros contemplan impasibles este castigo. Entonces él, indignado por la indefensión en que le dejan aquellos señores que le parecían amigos hasta el punto de que iban a comprarle dulces, con una piedra en la mano se dispone a vengarse de ellos.

En aquel momento el farmacéutico del pueblo le grita: —Antolito, ¿qué vas a hacer?—

El muchacho corre a explicar al boticario lo que le ha pasado. El boticario tampoco aprueba la conducta de los extranjeros y los increpa. Ellos acuden, dan explicaciones, consuelan al muchacho y se lo llevan a la pastelería. Su simpatía por el muchacho crece, la amistad se estrecha y acaban por protegerle. Le pagan los estudios en un colegio de Jibraltar, y así se inicia Antonio Moreno en los secretos de la lengua inglesa.

Aquellos señores, que tenían negocios en Andalucía, en uno de sus viajes de vuelta, cuando Antonio tenía catorce años, se lo llevaron a América. Allí estaban muy bien relacionados, puesto que uno de ellos era sobrino del alcalde de Nueva York. Pagaron sus estudios al muchacho, que ingresó como pensionista en un colegio situado en un pueblo cerca de Nueva York.

La muerte del principal de sus protectores puso fin a esta pensión y el muchacho se vio obligado a ganarse la vida. Fue primero revisor de contadores de electricidad. Pronto halló una colocación mejor: ayudante en una joyería con el sueldo, ya para él considerable, de diez dólares por semana. Reunió algún dinero y sus sentimientos filiales, que han sido siempre ejemplares, le movieron a venir a España para ver a su madre. Pasó con ella una temporada y regresó a América, donde presentía que había de hacer fortuna.

LA VIDA DE ARTISTA

Y ahora otra circunstancia providencial. En el trasatlántico en que viaja Antonio entra en relación con los actores de una compañía norteamericana. En sus conversaciones, admirando la prestancia y las condiciones personales del joven, le incitan a dedicarse al teatro. Estos actores preparaban la representación de una obra en que había un personaje que representaba un «señorito español». A los pocos días de haber regresado a América, Antonio se decidió. Trabajó dos años en el teatro. Después estuvo algunos meses sin trabajo y se decidió a entrar en el cine. Esto en aquella época no representaba precisamente un ascenso en su carrera artística. Ganaba quince dólares por semana trabajando tres días. Una vez en que trabajó toda la semana llegó a ganar veintiocho dólares. En estos últimos tiempos ha llegado a ganar cinco mil dólares por semana.

Su primera producción importante fué «El gato montés», en cuyo film, por no limitar a Rodolo Valentino en «Sangre y arena», sustituyó el papel de torero por el de bandido, influido por recientes lecturas de las vidas de Diego Corrientes y de Luis Candelas. A ésta siguieron «La casa del odio», «Mare Nostrum», «El bosque en llamas», «La venus de Venecia», «La tierra de todos», «La que no sabía amar», «Su alteza el príncipe», «Un año de vida», «La señorita Emociones», «Una ganqui en la Argentina», «La mujer del látigo», «Madame Pompadour», «La tierra del sol», «Taxis de medianoche», «Ven a mi casa», «Madame Butterfly», «Miss Desdenes», «El pecado sintético», «Adoración», «El porvenir de su esposo», «La voluntad del muerto», «Primavera en otoño», «Señora casada necesita marido», «La ciudad de cartón» y «Los que duncan».

Sus últimas producciones han sido: «Alas sobre el Charco», en cuya producción ha interpretado las versiones inglesa y



Antonio Moreno en una escena del film «La tierra de todos».



Antonio Moreno y Barbara Leonard en el film «Señora casada necesita marido».

A LOS UNOS ESTRENOS



ANA KARENINA

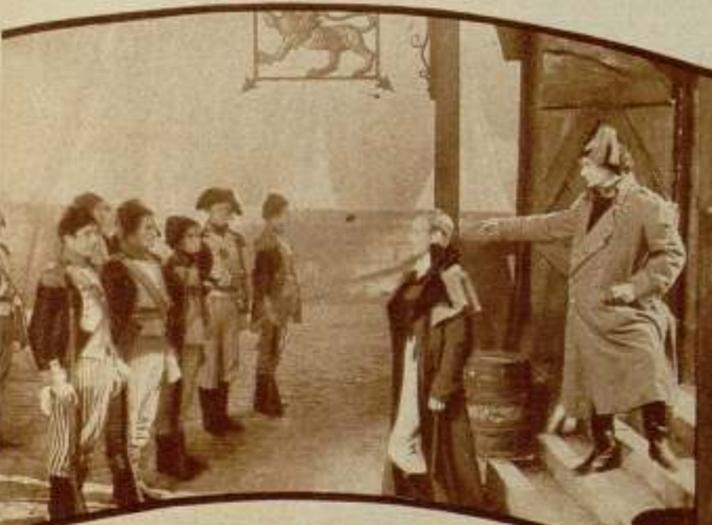
Interpretes: Greta Garbo y Fredrich March. Producción: Metro Goldwyn. Director: Clarence Brown. Local de estreno: Fémias. Fecha de estreno: día 2.

He aquí un film cuya interpretación ha merecido los mayores elogios e incluso ha despertado curiosas polémicas: «Ana Karenina». Quién asegura que la labor de Greta Garbo en esta cinta quedará en la historia del cine como un ejemplo, como algo que ha de marcar una nueva era en el arte escénico; quién, si no todo lo contrario, por lo menos que la Garbo, la «divina Garbo», perdía en ella todo el prestigio escénico que la revolvía, para humanizarse excesivamente. Lo que sea y como sea, lo cierto es que pocas veces hemos abandonado nuestra butaca con la seguridad absoluta de que no hemos perdido el tiempo. Al contrario. Y que, además, con esta nueva Greta Garbo que nos revela «Ana Karenina», ganábamos para el cine una actriz completa, una actriz única. Las escenas con el pequeño Bartolomeus son una delicadeza inigualable. Las del teatro, encierran tanta fuerza expresiva, que están a cuatro pasos del cine puro. Clarence Brown ha sabido enmarcar el film dentro de un cuadro de época que tiene un extraordinario valor como interpretación. Fredrich March queda un poquito oscurecido junto a la brillantez de la labor realizada por Greta Garbo.

El cine inglés ha logrado situarse en un cortísimo espacio de tiempo en una situación de privilegio. Cada obra nueva que llega hasta nosotros tiene todos los caracteres de la obra perfecta. Es posible que no haya salido todavía de los estudios ingleses esa cinta que marque al cine una era nueva al tener una nueva posibilidad. Pero, innegablemente, es tan de agradecer este sentido de la continuidad que revivía el cine británico como la realización de un film de características geniales. Esta adaptación cinematográfica de «La Pimpinela Escarlata» —la famosa novela de la baronesa de Orczy— nos da la tónica exacta de la producción inglesa. En principio, ese amor por la verdad, por el detalle histórico, que hace del ambiente un personaje más. Hay momentos hondamente dramáticos logrados sin la más pequeña truculencia. La anécdota ha sido redondeada con finura y con humanidad. La interpretación, muy excelente. La dirección es obra de Harold Young pero se ve a cada paso la mano de Alexander Korda, el productor. Los decorados son obra de Vincent Korda, un verdadero artista.

Interpretes: Merle Oberon y Leslie Howard. Director: Harold Young. Fecha de estreno: día 6. Local de estreno: Coliseum. Distribuida por Los Artistas Asociados.

LA PIMPINELA ESCARLATA



LA BIEN PAGADA

Interpretes: Lina Yegros y el Marqués de Portago. Director: Fernández Ardoy. Fecha de estreno: día 15. Local de estreno: Cataluña.

No entendemos a quién se le pueda ocurrir, ni cómo, ni con qué objeto, esta testada idea de llevar a la pantalla una obra de El Caballero Audaz. Y lo curioso es que no es la primera ni, al paso que van las cosas, parece que haya de ser la última. «La Bien Pagada», como novela, es una solemnísima majadería, por allá se anda con sencillez a lo que no la posee por naturaleza. Un caso sentimental que linda con lo patológico y que está de lleno en lo inmoral. Eso es todo. Lastima del esfuerzo realizado por Ardoy, que es muy digno de ser tenido en cuenta, y lastima también de la labor realizada por Portago, que pudo emplear sus energías en cualquier otra actividad. En cuanto a Lina Yegros estamos permitidos decir que no le hemos visto el más pequeño progreso. Vale.

En alguna parte hemos dicho antes de ahora que «El secreto de Ana María» es una novela interesante. Desde el punto de vista cinematográfico, la intriga por sí misma al partir en no se sabe cuántas direcciones. Pero si como anécdota «El secreto de Ana María» es un film diluido e interminable, como cineasta hay que reconocer que representa un esfuerzo muy notable, tanto por su técnica como por el uso y abuso de cortinas, humedades, y stutli quentis. Alberich se ha esforzado en dar unidad a esa diversidad de acciones de que consta la obra, y a veces lo ha logrado. La presentación es fastuosa, abundando los escenarios; a las escenas del cabaret —¡qué film respaldado cuenta con su cabaret!— les falta un poquito de animación. Al niño Chapita se le ha agotado todo el partido posible. Muy correcto Ramón de Sentmenat. En cuanto a Lina Yegros...

Interpretes: Lina Yegros, y Ramón de Sentmenat. Director: L. Alberich. Fecha de estreno: día 16. Local de estreno: Capitol.

EL SECRETO DE ANA MARIA



DEL MES DE ENERO

Filmoteca Catalunya



BOSAMBO

Interpretes: Paul Robeson. Director: Zoltan Korda. Fecha de estreno: día 17. Local de estreno: Maryland. Distribuida por Los Artistas Asociados.

Bosambo es en su fondo un bello romance, tiesto aún en esa gracia primitiva y en ese prestigio que amans de todo lo africano. En este aspecto —sin desprenderlo del tema inicial de su parte puramente novelesca: la lucha, apenas insinuada, de dos razas opuestas—. Bosambo encierra una belleza y un valor de ejemplaridad maravillosos. Basta el bello, la nota amorosa, para que el paisaje y el documento folklórico cobren unidad y acción. Pero Zoltan Korda ha querido ir más lejos y ha mezclado en la cinta elementos morales diversos y ajenos a su esencia, y con ello hemos salido cuando ya cansado de escenas magníficamente espectaculares —la presentación de los jefes, el desfile de piraguas— que hacen de esta cinta una obra maestra del género y, a la vez, algo aparte, totalmente aparte. La música —sobre temas negroides— es algo formidable. En cuanto a la interpretación, bastará con decir que —en su rol principal, a cargo de Paul Robeson.

El tema de «Abajo los hombres» es —no sabemos si decirlo porque no sabemos si alquien lo ignora— un poquito escabroso. Pero Castellvi —tampoco lo vamos a ocultar— lo hecho con el uso de las cintas más ligeras, más fáciles y casi más amables del cine español. No es que creamos que «Abajo los hombres» ha de añadir mucho prestigio a nuestra pantalla, y mucho menos a nuestro idioma. Pero es innegable que —repetimos que aparta el texto, que es de una mediocridad apilante y que a veces pasa de grosero— encierra una buena lección de voluntad eso de meterse con un puñado de agitadores y obligarlos a que a uno le hagan caso. La fotografía es bastante buena. La música, digna de elogio. Carmelita Aubert está muy remota y muy acertada. En cuanto a Pierre Clavel... no nos gusta de ninguna manera.

Interpretes: Carmelita Aubert y Pierre Clavel. Director: J. M. Castellvi. Fecha de estreno: día 20. Local de estreno: Principal Palace.

ABAJO LOS HOMBRES



MARIETTA, LA TRAVIESA

Interpretes: Jeanette Mac Donald y Nelson Eddy. Producción: M. G. M. Fecha de estreno: día 30. Local de estreno: Fémias.

Van Dyke nos da con «Marietta, la traviesa» —la 10ª «Marietta» famosa— su primera comedia musical. Y a fe que la acertada, no sólo en la elección, sino en la realización. Preconizado el film sin excesivo cargo de reclamos y propósitos fáciles, puede que posea desperdicio para la mayor parte del público. Y, sin embargo, hemos de reconocer que merece el mejor de los éxitos. Realizado sin excesivas pretensiones, encierra, sin embargo, grandes aciertos y mucha belleza. Las primeras escenas, que transcurren en París, tienen una gracia extraordinaria; la reconstrucción de la Bohemia del entonces, está hecha con humor y con preocupación de autenticidad. Las que tienen por escenario la Nueva Orleans, son muy sugestivas. En cuanto a la partitura, hay que reconocer que ha sido recogida en toda su delirantez, y en toda su riqueza instrumental. Jeanette Mac Donald, no sólo canta bien, sino que está bellísima, que ya es decir. Nelson Eddy, es aporrazador en esta producción, es un baritono que tiene una voz magnífica y que, además, es un buen actor.

Willi Furst es aquel formidable animador de «Vozes mis canciones» y «Mascorada». Con «Mazurka» —film que por su carácter se acerca más al último de aquellos dos— ha querido abrocharnos ante todo un tema, un argumento. Algo arrancado a la misma vida. Y lo curioso es que, al devolvernos esta historia extraña y dolorosa —que tiene un fondo de autenticidad— la idea de que cuanto ocurre en la pantalla pudo haber ocurrido en la vida misma no acude ni una sola vez a nuestra mente. Tanto es la fuerza de su en la vida misma no acude ni una sola vez a nuestra mente. Tanto es la fuerza de su gestión que encierra el arte de este hombre y tanta su fuerza de atracción, que nos obliga a estar siempre pendientes de un detalle y a apoyar en él sin intención simbólica, sin embargo —todo el film, como condensándose en una sola escena y, a veces, en un solo gesto. Con «Mazurka» hace su aparición Pola Negri. Y, a decir verdad, tiene en la cinta una de las intervenciones más felices que le conocemos.

J. Ruiz de Larros

Interpretes: Pola Negri. Director: Willi Furst. Fecha de estreno: día 30. Local de estreno: Urquizaona.

MAZURKA



por J. Ruiz de Larros



Francis Langford recibe lecciones de esgrima del profesor Lerroy Prins, perteneciente a la firma Paramount. Auguramos anticipadamente una segura derrota al cañón que acepta un duelo con la joven estrella.



César Romero, un nuevo artista cubano incorporado al cine, interpreta al rebelde André de Pons en el film «El cardenal Richelieu».



Florence Eldridge, la esposa de Fredric March, debutará próximamente en el cine. Los eternos celosos de Hollywood aseguran que esto es el comienzo de una separación matrimonial. ¡Atención, solteras!



Gary Cooper interpretará a Buffalo Bill en el film que rueda Cecil B. de Mille sobre la vida del famoso héroe del Oeste americano. ¡Qué bien ha de estar Gary con sombrero lejano y... barba!



Sylvia Sydney interpretará a Mona Lisa en un film próximo a realizar. Recomendamos a Fredric March, el Leonardo de Vinel cinematográfico, que no haga caso de la sonrisa irónica de esta nueva Gioconda.



Copido anda haciendo diabluras por Hollywood. Margaret Sullivan ha contraído enlace matrimonial con William Wyler, el animador de «Una chica angelical». Felicidades.



Ramón Novarro, después del fracaso de su film «Contra la corriente», está haciendo una gira por todo Europa, cantando en teatros y music-halls. Actualmente se halla en Londres, donde conquista grandes éxitos.



Francis Lederer, el eterno Don Juan del lienzo, asegura que pese a que acompaña con frecuencia a Grace Bradley, solamente les une una buena amistad. ¿Se lo creeremos?...



Charles Laughton ha sido considerado por la crítica norteamericana como el mejor intérprete del año. El obeso inglés ha recibido por su actuación en «Mona Lisa» la cantidad de 100.000 dólares. ¡Quién fuera él, mamá! pesara veinte kilos más...



El día 7 de este mes un violento incendio destruyó una parte de los estudios Orpheo de Montjuich. Además de las pérdidas materiales hay que lamentar algunas víctimas. He aquí una vista del siniestro.

NOTAS ARGENTINAS

La productora Sifal acaba de estrenar un film titulado «Escala en la ciudad», que ha sido favorablemente acogido por la crítica. Está dirigido por Alberto de Zabala y protagonizado por Esther Vani y Héctor Caturuzá.

● José Gola y Blanca de Castejón —que desde la época de las películas hispanas de la Fox, no habíamos vuelto a saber de ella— interpretan los papeles estelares de la producción porteña «La mejor vida».

● En los estudios platenses Lumiton se está realizando «La muchachada de a bordo».

En «Noches de Buenos Aires» actúa Tita Merello, la «vedette» argentina.

● «Bajo la Santa Federación» es una película de ambiente histórico, que evoca los tiempos del tirano Rosas. Luchas políticas, doncellas incautas, galanes aventureros, negros «candoruberos» y siervos resistas.

LA MODA EXIJE

un semblante mate y afelpado, ensueño de todas las mujeres. Para lograrlo, use VELOUTY de DIXOR, excelente combinación de crema y polvos, que sin engrasar ni manchar, dará a su rostro un aspecto mate, de encanto y juventud.

Venta en perfumerías
Tonos: blanco, natural, rachel, ocre y bronceado
Tubo pequeño 1 pta. - Tubo grande 4 ptas.

Laboratorios
A. PUIG
Valencia, 293
Barcelona

LA VELOUTY DE DIXOR
PARIS

—Entonces, tendrás que escoger entre tu hermano y yo!— dijo a Antonia.

Hasta aquí llegó la paciencia de Raskolnicov. Sin poderse contener, se abalanzó sobre él y a empujones lo echó fuera, no sin antes haberle entregado algunos billetes que le compensaran los gastos que había tenido con su familia.

Al día siguiente, el inspector recibía en su despacho a Sonia, la muchacha que Raskolnicov conocía en casa de la prestamista. Por ella se enteró de que al empeñar su Biblia había un joven llamado Raskolnicov y que éste empeñado un reloj. Añadió que el joven había dicho incluso que la vieja merecía que la mataran.

A la salida de la Inspección, Sonia se encontró con Raskolnicov que se dirigía a ver a su amigo. Le refirió lo que había declarado acerca de él.

Raskolnicov visitó al inspector y a la primera oportunidad le dijo que había empeñado un reloj en casa de la prestamista.

—Usted es el primero que ha venido a reclamar sus cosas— dijo el inspector con un acento de ironía.— Usted es el único Napoleón de la partida.

Al marcharse, el inspector mostró deseos de ir con él y Raskolnicov lo llevó a casa de su madre. Durante la entrevista, en su despacho el joven había bebido bastante coñac. En casa de su madre volvió a beber más y el inspector se lo hizo notar.

Delicadamente, el inspector hizo algunas preguntas referentes al escritor y el muchacho, movido sin duda por los vapores del licor, le increpó violentamente:

—¿Es un interrogatorio? ¿Ha venido a mi casa a llamarme asesino?

—No se adelante. No le he acusado...

Raskolnicov estaba fuera de sí. Entonces quiso poner en ridículo al inspector. Le preguntó si sospechaba de él porque le veía bien vestido y gastando dinero. Después sacó un fajo de billetes y grillos.

Averigüe dónde lo conseguí.

Después le echó en cara que un culpable no habría ido a su despacho ni habría tomado la defensa de un detenido.

—No me insulte— añadió.— creyéndome incapaz de registrar el colchón donde estaban los mil quinientos rublos.

—¿Somos una estupidez, perdonen ustedes?— dijo el inspector retirándose.

Aquella noche, Raskolnicov invitó a cenar a su madre, a su hermano y a Dmitri. La cena transcurrió alegremente y Antonia, completamente libre del compromiso con el funcionario, estuvo muy amable con Dmitri, cuya simpatía era extraordinaria.

Después fué a ver a Sonia. Aquella tarde en la Inspección le había prometido que por la noche iba a volver a su casa. Fue y mientras estaban hablando en el patio de la casa, se acercó a ellos, preguntando por una habitación que estaba por alquilar, un individuo que ya por la tarde había visto Raskolnicov en los pabellones de la Inspección.

—Es un policía. Me viene persiguiendo...

Al día siguiente, este mismo individuo se presentó en su casa.

Me llamo Grilov. Su hermana estaba de institutriz en mi casa.

—No; usted es un policía— replicó Raskolnicov.— Usted me viene siguiendo por todas partes.

Lo echó a cajas destempladas cuando el llamado Grilov trató de entregarle quinientos rublos para su hermana como indemnización del daño que le había hecho. Con eso arrojó el dinero al corredor y el inspector de Policía que venía a verle lo recogió.

—Con qué desprecio tiran el dinero en esta casa!— dijo al cruzarse con Grilov.

Este le arrebató los billetes y se marchó.

—Quiero hablarle lejos de su familia— dijo el inspector en cuanto se hallaron solos.

—¿Para acusarme en privado?— preguntó el joven con fresquedad.

—Al principio sospeché de usted y no me faltaron razones: su pobreza, el problema de su familia, su afirmación de que el genio está por encima de las leyes. Ahora sé que el dinero se lo dio el periódico.

—¿Ya no me cree autor de ese crimen de aficionado?

El inspector no contestó categóricamente a esta pregunta.

—Nunca peligro a los culpables. Yo espero... Pero les doy a entender que sospecho de ellos y los vigilo. Al verte acosado, el asesino hace cosas que revelan su culpabilidad de manera tan patente... como que en este cuarto no hay un alizador para la chimenea.

Estas palabras dejaron fuerte impresión en el ánimo de Raskolnicov. A partir de este momento estuvo más nervioso que de costumbre. Le atoraba el temor. Por las noches tenía pesadillas. Dejándose llevar de un impulso morboso, fue a la casa de la vieja y cuando llamó a la campanilla huyó aterrorizado.

Siguió visitando al inspector. Este le acusaba cada vez más. Raskolnicov tenía la impresión de que jugaba con él como el gato juega con el ratón. Raskolnicov aparentaba tranquilidad.

—Yo puedo esperar— dijo el inspector.— Tarde o temprano, el asesino confesará.

Cuando estaba más seguro de que lo tenía entre sus garras, cierta tarde, en su despacho, después de una conversación hábilmente llevada por el funcionario, le presentaron al pobre alhafil que se confesó categóricamente autor del crimen.

Raskolnicov respiró. Veíase ya cogido entre la tela de araña de las hipótesis del inspector. Al revés de nuevo en la calle, respiró a pleno pulmón y se dirigió a casa de Sonia. Sólo una cosa le atormentaba: el que el pobre inocente, forzado por la policía o cansado, o tal vez enloquecido por los interrogatorios de sus verdugos, confesara un delito que no había cometido.

No pudiéndose contener más, Raskolnicov cayó de rodillas ante Sonia y le confesó su crimen. Ella quedó horrorizada. Alguien escuchaba detrás de una puerta: era Grilov que había alquilde una habitación contigua a la que ocupaba Sonia.

Después de la confesión, Raskolnicov huyó sin rumbo fijo. Huyó de sí mismo, de su conciencia torturada por las sombras del remordimiento más espantoso.

Grilov tuvo una entrevista con Antonia y le confesó lo que su hermano había hecho. Valiéndose de este secreto quería que Antonia accediese a sus pretensiones, pero el dolor que ella experimentaba le hizo desistir y la dejó marchar.

Después Antonia habló con su hermano y ésta le reveló la tremenda verdad. El muchacho abrazó a su hermana y a su madre y huyó, cada vez más aterrorizado de sí mismo. Al poco rato se presentó Sonia preguntando por él. La madre inquirió la causa de todo aquello tan extraño que ocurría en torno de ella y Antonia le refirió la gran verdad. La pobre anciana se desplomó junto a la puerta como fulminada por un rayo.

Sonia recorrió todos los sitios donde creía poder encontrar a su amigo. Por fin le halló arrojado al perfil del mueble, contemplando la corriente del río.

—¿Qué haces aquí? Te he buscado por todas partes.

—No sé. Pensando escapar de mí mismo.

—¿Al no— dijo ella retirándose al río.— Eso sería demasiado fácil. Vayámonos lejos de aquí— propuso después de una pausa.

—¿Olividáremos al hombre que irá a Siberia por mí? No, Sonia. Gracias a ti, me he encontrado a mí mismo. A un crimen vulgar le creía un acto humanitario. Pero era un crimen y he de pagarlo. Sonia, si me mandan a Siberia, ¿me esperarás?

—Quiero estar a tu lado. Déjame ir contigo. Juntos no sentiremos pasar los años.

Y aquella misma tarde, Paderick Raskolnicov, en unión de Sonia, penetraba en el despacho del inspector. Su semblante estaba impregnado de una dulzura apacible, como si se descargase de todas sus inquietudes.

El semblante del inspector no se alteró en lo más mínimo. Lo contempló en silencio y después dijo simplemente:

—Le esperaba—

Film de la Columbia.



Cuide sus senos

Los senos, cuando no se cuidan, se ablandan fácilmente, sobre todo después del amamantamiento, o se ven invadidos por la grasa. Toda mujer debería tener en casa el

MASSOSEIN

que se adapta instantáneamente sobre no importa qué grifo y que realiza, según consejos médicos, un masaje por agua fría en vaso cerrado, muy eficaz, sin salpicaduras ni enfriamientos.

ENDURECE

los senos caídos, por su acción regeneradora de los músculos suspensorios.

EMBELLECE

los pechos insuficientes, que desarrolla por su acción estimulante sobre las glándulas.

EVITA EL DESARROLLO EXAGERADO

en las mujeres gruesas, eliminando la grasa.

GRATIS

Solicite a José Cusellas, Arboú, 35, Dept. P. F., Barcelona, el interesante libro BELLEZA Y DUREZA DE LOS SENOS CON EL MASSOSEIN y lo recibirá usted bajo sobre cerrado y sin marcar exteriores. Incluirá 50 céntimos en sellos de correo para gastos de envío.

Antonio Moreno en España

(Empieza en la página 78)

española, y «La muchacha bohemia», la última producción de la malograda Thelma Todd, con Stan Laurel y Oliver Hardy.

BUEN ARTISTA Y MAL NEGOCIANTE

Antonio Moreno también se ha dedicado a la especulación, aunque con poca fortuna. Por ejemplo, hace algún tiempo compró unos terrenos en Beverly Hill, una de las montañas que rodean Hollywood. Invertir el dinero en tales terrenos era un buen negocio. Calcúlese que un terreno de ciento cincuenta por doscientos pies aproximadamente costaba cien mil dólares. Pero esto no había de durar. Vino la crisis de estos últimos tiempos y con ella la depreciación de esos terrenos. Las pérdidas que ha experimentado nuestro artista se calculan en más de trescientos mil dólares. Con todo, esto no ha disminuido su optimismo. Y con razón: él tiene suficiente prestigio para volver a ganar y aun doblar esta cantidad.

FINAL

Antonio Moreno viene cada dos años a nuestra península con el exclusivo objeto de visitar a su anciana madre. Su «vieja», como él dice, vive a sus anchas en un pueblito andaluz, rodeada de antiguas amistades, en una casa de campo construida a su gusto a expensas de su amante hijo. Desde aquel rincón del mundo, la buena anciana sigue paso a paso la brillante carrera de su hijo. ¡Y qué profunda satisfacción no debe de ser la suya al verlo objeto de una fama y una consideración mundiales!

J. ESTEVE

UNA MUJER QUE SABE SONREIR

(Empieza en la página 50)

giros de su danza, prende nuestros corazones, y nuestras miradas restan sólo pendientes de ella. Ella lo llena todo... todo cuanto la retina humana es capaz de abarcar.

Cuando termina de bailar, resuena insistente el eco de un aplauso cerrado, no extinguido jamás, aplauso que más que de las manos, surge del corazón de un público en sublime tributo de admiración. E invariablemente, Eleanor Powell entonces sonríe... Mejor dicho, Eleanor Powell sonríe siempre.

Hace veinte años justos, cuando en un rincón apartado de un pueblecillo de Kansas nació al matrimonio... una niñita delgaducha y más bien fea, cuentan testigos del hecho que la criaturita rompió a reír... Era un día de magnífico sol, de primavera radiante, y aquel sol y aquella luz primaveral, impregnaron el rostro de la niñita que ya nunca más se resignó a perder esta dádiva. Por eso cuando más tarde Eleanor, que así se llamó la niña, empezó a ir al colegio, y la profesora la reñía porque pensaba tan sólo en la clase de música, en escuchar el gramófono de la casa vecina, y sobre todo en bailar, en vez de disgustarse y llorar, sonreía plácidamente, con su optimismo habitual. Nunca pudieron jactarse sus compañeras de haberla visto con lágrimas en los ojos. Eleanor Powell no quería ni sabía llorar. Su sonrisa fué el mejor escudo contra las espinas que en su camino hallaba.

En su casa la reñían también, continuamente. Tenía 15 años, era una mujercita, y no servía para nada, al decir de su familia. Lo único que la seducía era bailar. "Mamá, es que no me comprendéis —había dicho Eleanor mil veces a su madre—. No es que sea mi intención disgustaros, es que cuando oigo música, sea ésta cual sea, no puedo remediarlo, se me infiltra su ritmo en los pies, y tengo

que bailar. Me es necesario, mamá, tan necesario como le es a papá el tabaco o a ti el charlar con nuestra vecina. Y cuando sea mayor, no podré resistir este impulso que me domina y seré bailarina."

Y efectivamente, su predicción se cumplió. A los 16 años, Eleanor Powell tomaba parte en un concurso de baile y obtenía el primer premio. Y según ella, aquel momento en que enfundó sus ágiles y breves piecitos en lindas zapatillas de baile, para danzar en público por primera vez, fué el más feliz de su vida.

Triunfó aquel día Eleanor Powell. A pesar de su extremada juventud, de su belleza no muy radiante, que digamos, en la crítica edad de los 16 años, de su figura demasiado delgada y poco femenina, a pesar de todo, Eleanor Powell triunfó.

Y más tarde, acompañada siempre de su madre, que constituyóse en su ángel guardián, pasó a Nueva York, compartiendo un modesto puesto en el coro, con la clasificación de "la más aventajada y aplicada alumna" de una gran academia de baile. Así pasó el tiempo, hasta que un día, el día maravilloso y afortunado que surge siempre en todo destino humano, halló en su camino un productor célebre que la vio bailar... Quizá en este su primer encuentro, Eleanor Powell le sonrió como ella tan sólo sabe hacerlo, y el hombre, seducido ya por el arte de sus danzas, declaróse vencido al experimentar el nuevo y dulce encanto de aquella sonrisa... La contrató, en seguida. De segunda vedette pasó a ocupar el lugar de la estrella en uno de los mejores teatros del dorado Broadway neoyorkino, fué la estrella preferida de los "habitués" de este sector de la populosa urbe, fué la niña mimada de un público de millonarios y "snobs". Y todo esto a la temprana edad de 20 años.

Su rostro vivaracho, sus ojos alegres, su figura ahora perfecta y plena de eurytmia, y sus danzas arrobadoras, conquistaron a todos con la misma gracia que conquistó un día a otro público bien distinto en una modesta sala de aficionados.

Y el cinema halló en ella, un día, la tan deseada "novedad". La novedad de que hablábamos al principio. Algo hastiado ya de tipos exóticos, de psicologías profundas, y de vampiresas complicadas, la vio bailar, la vio sonreír, y en su sonrisa mágica, radiante de juventud, adivinó una maravillosa promesa... Sin vacilar, absorbióla con sus potentes garras, y nos la devolvió más bella y más artista que nunca. En Hollywood, ciudad de ensueño y de ficción, donde tanta maravilla ilusoria se crea a diario, esta criatura joven y dinámica, plétora de sana alegría, ha sido una verdadera revelación.

Y ha bailado Eleanor Powell... En "La melodía de Broadway 1936", film que realizó para Metro-Goldwyn-Mayer, ha bailado como siempre bailó, al ritmo enervante, trepidante a veces, de unas inspiradas melodías de jazz. Y de nuevo ha conquistado a un público. Al público no ya de una sala modesta, ni de un teatro de Broadway, sino del mundo entero.

Al terminar su danza, Eleanor Powell, como siempre, ha entreabierto sus labios para dejar escapar una de sus francas y luminosas sonrisas... Y nosotros, mirándola aquí sonreírnos con su gracia habitual, con la boca, con los ojos, con su rostro todo tan juvenil y tan alegre, la admiramos, y nos declaramos vencidos...

Que es mucho el poder de una danza trezada por unos pies ágiles y alados, pero es aún mucho más grande el poder que emana de una sonrisa de mujer.

MARY ROWE

LA REINA DEL RITMO

(Empieza en la página 51)

público con la fuerza sugestiva de sus bailes dinámicos no podía atender a las numerosas demandas de los empresarios que la solicitaban, así no fué de extrañar que a los veinte años, sintiéndose segura de su arte, se dispusiera a realizar la difícil conquista del cine.

Pero su arte tropezó con un grave inconveniente; el cine exige también la belleza física, y la joven bailarina, para conseguirla, se entregó en manos de uno de los brujos modernos y en los misteriosos laboratorios de Hollywood se ha realizado el portentoso milagro.

En poco tiempo la favorita de Broadway se ha convertido en una de las más bellas y adorables mujercitas de Hollywood.

Su primera actuación ante la cámara en la película "Broadway Melody 1936", para M. G. M., ha causado verdadera sensación. Su depurado trabajo revea a una notable artista, pues actúa con sinceridad poniendo toda su inspiración en cada uno de los magníficos bailes que presenta la película. Su peculiar y propio estilo, le ha otorgado

el envidiable título de la reina del ritmo americano, del que se siente orgullosa y agradecida.

Conoce tan bien a su público, que alternará las películas con su actuación en los escenarios y pistas, pues Broadway que, poco a poco, ha visto cómo el cine con su poder seductor se apoderaba de sus favoritos, esta vez no permitirá que de una manera definitiva le arrebatase su ídolo y Eleanor Powell gustará todavía de los aplausos calurosos y entusiastas que noche tras noche le dedican sus admiradores.

Pero Hollywood devolverá al escenario una reina transformada, una belleza adorable de femenina elegancia, un rostro de ojos magníficos y sonrisa seductora mostrando el encanto de una boca perfecta.

Así, de una manera rápida y singular, la muchacha que, dedicada por completo a su arte, descuidó los encantos de su juventud, del crisol del cine ha surgido una nueva mujer que con su hermosura valorizará más el espectáculo único y magnífico de sus bailes, verdaderas creaciones de ritmo, plasticidad y armonía.

Helen HORTON

: — : DOS AMIGAS : — :

(Empieza en la página 59)

miento que llene el alma de tan gratas dulzuras como una sincera amistad, igual a la que nos une a Magde y a mí.—

Después de oír tales palabras, es natural que busquemos una información de Una Merkel, y ¿dónde mejor que en boca de su amiga Madge Evans?

—Quiero a Una —contesta Madge— porque lo merece. No existe en el mundo muchacha más buena, agradable, simpática y divertida que mi amiga Una.

Parece una loquits, no me avergüenzo de decirlo, pero sus locuras son tan deliciosas, que Ronnie Burla, su esposo, constantemente la está instigando a que las siga cometiendo. Al casarse debo confesar que temí por nuestra amistad, ella formaba un nuevo hogar, entregaba su corazón a un hombre que la quería, y sentí celos del que venía a interponerse en nuestras vidas.

Afortunadamente vencí la tentación, y jamás me hubiera perdonado dudar de la sinceridad de sus afirmaciones. Nuestra amistad se ha consolidado y aumentado con el ingreso de un nuevo socio, Mr. Ronnie Burla, aun cuando os diré en secreto que existen conciliábulos entre nosotras dos, de los que le dejamos al margen.

Todos tenemos nuestros defectos, y Una es demasiado modesta. Se conforma con los contratos que le ofrecen cuando debería exigir de las casas productoras un papel de protagonista y tengo la seguridad que su excelente trabajo le valdría el estrellato. Reúne todas las condiciones para triunfar.

Es joven, su figura ingenua y picaresca a la vez, tiene un especial encanto en la pantalla, pero le falta la oportunidad. Cuando encuentre un director con suficiente criterio para confiarle un papel de primer orden com-

probarán que la amistad no me ciega y que es cierto cuanto afirmo.—

Después de oír a las dos amigas, que tan sinceramente exponen sus opiniones, no es posible dudar de que también en la meca del cine florecen sentimientos dulces y delicados, que no todo son envidias y rencores, que todavía se aprecia el valor de un sentimiento sin igual en el mundo entero.

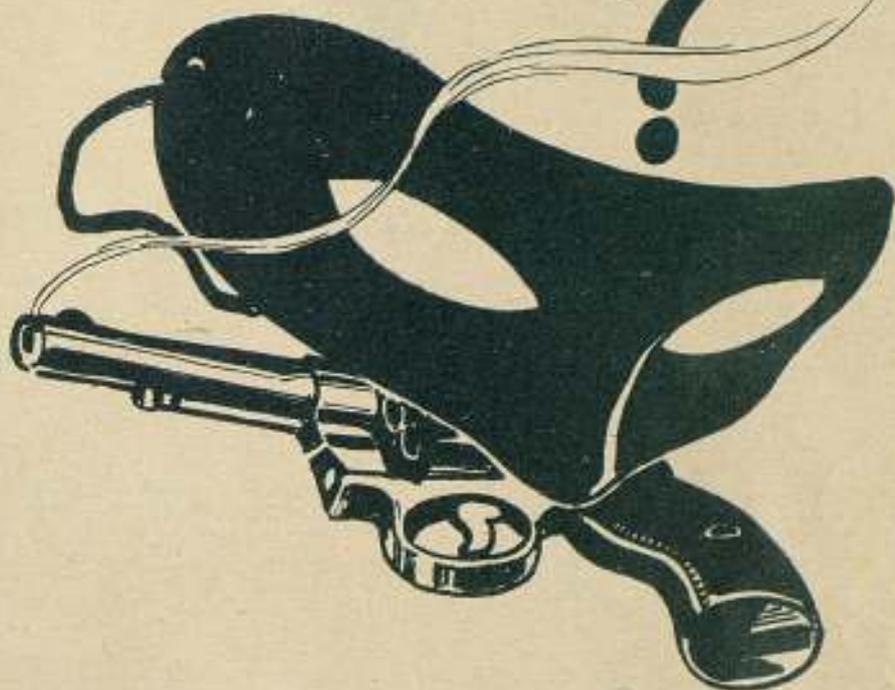
Quizás después de estas confesiones los agentes de publicidad aprovechen el material para fomentar una intriga periodística, a la que son tan aficionados, y en la que intervienen amores, celos, pasión y divorcio.

Lamentaríamos que nuestras palabras destruyesen el encanto de esa amistad que une a dos gentiles y bellas artistas, y jamás nos perdonaríamos haber sido causa de una discordia entre ellas, por haber hecho de unas sencillas confesiones, un artículo periodístico.

EMOCION

INTRIGA

INTERES



Todo lo reúnen las novelas que, escritas por los grandes maestros de la literatura detectivesca, publica periódicamente la popularísima colección de

**LA
NOVELA AVENTURA**

¡NO DEJE DE LEER LOS VOLUMENES QUE APARECERAN PRÓXIMAMENTE!

DIA 15 DE FEBRERO

TRAS LA ALAMBRADA

de LUKE ALLAN

DIA 7 DE MARZO

**CRIMEN
EN KENSINGTON CORE**

de MARTIN PORLOK

DIA 21 DE MARZO

EL TIGRE DEL TIBET

de GERALD BURRARD

DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS

30 céntimos



all
135

GRETA GARBO
(artista de la M.-G.-M.)